EL EXPERIMENTO DEL PROFESOR DELUCCA

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

CONQUISTA ESPACIO

EL EXPERIMENTO DEL PROFESOR DELUCCA

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

CONQUISTA ESPACIO

LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

672 — Los mercenarios de Whutoo, *A. Thorkent.*

673 — Emigración al terror, *A. Thorkent.*

674 — Ñapo, el robot, *Joseph Lewis.*

675 — El enigma de la isla flotante, *Kelltom Mclntire.*

616 — Alternativa planeta tres, *Ralph Barby.*

KELLTOM McINTIRE

EL EXPERIMENTO DEL PROFESOR DELUCCA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.* 677

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA -
BUENOS AIRES -

ISBN 84-02 02525 0

Depósito legal: B. 23.127-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.* edición en Espada: agosto, 1983

1.* edición en América: febrero, 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (Espada)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

La señora Della Manston se enjugó apresuradamente las manos en su delantal de cocina y fue a atender el teléfono, que zumbaba con urgencia en el soleado salón.

Sus marfileñas facciones se animaron al escuchar la voz varonil que resonaba en su oído.

—¡Ah, eres tú, Floyd! ¿Vendrás a comer, hijo? —exclamó, alegre.

—Precisamente te llamo por eso, mamá: hoy no podré ir a almorzar.

—Pero, hijo, precisamente estoy afanándome en la cocina para preparar un almuerzo digno. Escucha, Floyd, querido: ¿has olvidado la fecha de hoy?

A través del teléfono llegó una carcajada juvenil.

—¡Por supuesto que no, señora Manston! Hoy es el día en que cumplo treinta años. De veras, mamá: siento mucho no poder estar contigo a la hora del almuerzo, pero tengo que viajar a Eugene. Inevitablemente.

La señora Manston se turbó.

—Hijo mío, hoy es un día grande para mí. ¡Tus primeros treinta años! Pero además hoy se cumplen dos años desde que ingresaste como profesor de Antropología en la universidad de Berkeley. ¡Y estoy tan orgullosa!

—¡Lo sé, lo sé, mamá! Y todo te lo debo a ti.

—Eso no es cierto, Floyd. Yo sólo te inculqué la ambición y el amor por el estudio. El resto es obra tuya, querido.

—Bueno, mamá, tengo que colgar. Tengo reservada una plaza en el avión que parte del aeropuerto de Los Angeles a las dos de la tarde con destino a Eugene y Salem. Haré todo lo posible por estar de vuelta esta noche. Y entonces lo celebraremos, te lo prometo.

Sucedió una pausa. Y al cabo:

—¿No puedes decirme el motivo de tu viaje a Eugene, Floyd?

Evidentemente, Floyd Manston no parecía muy decidido a sincerarse con su anciana madre.

—Es un motivo profesional, mamá. Nada interesante... para ti —respondió, vacilante.

La señora Manston carraspeó. Siempre lo hacía cuando tenía que sonsacar algo a su hijo.

—¿No se tratará de una entrevista con ese estrafalario profesor DeLucca? —insinuó.

Atrapado, Floyd se vio obligado a confesar.

—Sí, se trata del profesor Patríck DeLucca. Quiere que vaya a visitarle a su casa de Summer Lake. Dijo que era urgente.

—¡Ese lunático...! ¿Cómo puede un joven como tú mantener una amistad estrecha con tan... extravagante individuo? —exclamó la señora Manston, sin esforzarse en disimular su disgusto.

—Pero, mamá, el profesor DeLucca es un sabio. Me interesan muchísimo sus estudios sobre Antropología y sus libros sobre la evolución del género humano. Es un verdadero erudito, un auténtico experto, un...

—Un lunático, ya te lo he dicho —le interrumpió su madre, impaciente—. No he podido olvidar la visita que nos hizo el año pasado. Traía una maleta llena de tarros que... que contenían... fetos humanos o... algo semejante. Y me pidió que le preparase una taza de té, otra de café y otra de

chocolate, todo al mismo tiempo. ¿Crees de veras, querido Floyd, que el profesor DeLucca está en sus cabales?

—Por supuesto, mamá. En cuanto a sus rarezas... son las propias de todos los sabios, tan clásicas como sus distracciones. Y ahora, no me distraigas más o perderé el avión; con suerte, estaré en casa a la hora de cenar.

—Está bien, hijo —se resignó, aunque de malísima gana la señora Manston—. Cuídate mucho y sé prudente. Te estaré esperando. Un beso, hijo mío.

Y depositó el beso sobre el micrófono.

—De acuerdo, mamá. No te inquietes. Ir a Eugene es tan fácil como una excursión a Santa Anita. Hasta la noche.

La comunicación se interrumpió.

Tras permanecer un momento absorta con el auricular en la mano, la señora Manston volvió a la cocina. Pero la ilusión que había puesto en sus trabajos culinarios había desaparecido. Sin Floyd, todo era distinto, más gris, más triste y desangelado.

Entretanto, Floyd Manston abandonaba la cabina telefónica y se dirigía a uno de los restaurantes del Los Angeles Airport.

Se sentía íntimamente disgustado. Sabía de antemano cuánta ilusión ponía su madre cada vez que llegaba su cumpleaños. Desde que muriera su padre, Tom Manston, a manos de un ladronzuelo de barrio, madre e hijo habían venido festejando en familia aquella celebración. Año tras año, sin faltar, ambos pasaban juntos la fecha de su cumpleaños. Pero esta vez...

La culpa era del telegrama que guardaba en un bolsillo interior de su chaqueta. El hecho de que Patrick DeLucca le hubiese enviado un telegrama, en lugar de llamarle por teléfono —como hacía normalmente—, ya era suficientemente intrigante.

¿Por qué el telegrama?

Manston penetró en el restaurante, buscó un taburete en la barra y pidió el plato del día. No sentía apetito, no tenía el menor interés por el menú. Le bastaba con tomar un bocado hasta llegar a Eugene.

Bebió una botella de cerveza, distraído, mientras encendía un cigarrillo sin que su voluntad interviniera directamente en ello.

Luego introdujo dos dedos en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó el telegrama, que volvió a leer por enésima vez con gran atención.

«URGE VENGA RAPIDAMENTE A COTTAGE

DE SUMMER LAKE. STOP. TENGO IMPORTAN

TE REVELACION QUE HACERLE. STOP. NO HA

BLE A NADIE DE ESTE ASUNTO. STOP. VENGA

EN SEGUIDA».

Había firmado simplemente «DeLucca». Y ahora, de pronto, mientras el camarero le ponía una bandeja delante, Manston pensó que la persona que le dirigía aquel telegrama también podía ser Fran DeLucca.

Fuera quien fuese el impostor del telegrama, estaba claro que daba como cierta su asistencia al *cottage* que la familia poseía en los alrededores del pintoresco lago Summer.

«Ni siquiera han contado con mi opinión. DeLucca da por hecho que correría a tomar el primer avión hacia Eugene», pensó.

Mientras masticaba sin apetito, repetía mentalmente las frases claves de aquel mensaje telegráfico.

«Venga rápidamente...»

«Importante revelación que hacerle...»

Sin embargo, lo más enigmático e intrigante para Floyd Manston era aquello de «No hable a nadie de este asunto».

La frase parecía desvelar que había algo ilegal o peligroso en la revelación que DeLucca se proponía hacerle.

Verdaderamente, Patrick DeLucca, profesor de la universidad de Eugene y hombre de unos cincuenta y cinco

años merecía sobradamente el concepto de «extravagante» que la señora Manston le había adjudicado.

No sólo era extravagante, sino también excéntrico. DeLucca lo mismo se recluía durante una semana entera en su biblioteca, que se marchaba inopinadamente a Africa o Asia por tiempo indeterminado o se abstraía de pronto en el estudio apasionado de un insignificante insecto.

Su hija, Fran DeLucca, era muy diferente. Aunque la muchacha hubiese heredado el afán de investigación de su padre, era mucho más estable y... guapa.

Morena, morenísima, latina hasta la médula, Fran poseía todo el encanto de la juventud y el atractivo innegable de su lozana belleza. Amaba los deportes intensamente. Era valiente, decidida, animosa.

En cierto modo, Floyd estaba enamorado de ella. Sólo que no se había atrevido a confesárselo ni a sí mismo hasta ahora.

Una barrera infranqueable la constituía la amistad de Manston con el profesor DeLucca. A Floyd le parecía incorrecto enamorarse de la hija de su amigo.

Por otra parte, su dedicación a la cátedra de Antropología era absoluta y le mantenía absorbido por completo durante más de nueve meses al año.

Terminó el frugal almuerzo, pagó y salió del restaurante. Eran las dos menos veinticinco.

Poco después, una voz femenina anunció a través de los altavoces que los pasajeros del vuelo 410 de TWA deberían descender a las pistas a través de la Puerta 12.

Llevando en su mano el pequeño maletín de viaje, Floyd Manston se dirigió hacia allá.

Un empleado comprobó su billete y le señaló el autocar que aguardaba a los pasajeros al borde de las pistas.

Hacía calor cuando subió al vehículo. Eran los últimos días del mes de mayo y en Los Angeles se advertía la proximidad del verano. Floyd sentía deseos de quitarse la chaqueta de *tweed* que le atosigaba, pero se resignó, esperando que la temperatura a bordo del avión fuera más suave.

Acertó. Instalado ya a bordo, sintió que su temperatura corporal descendía hasta límites soportables.

Había comprado una revista en el aeropuerto y relajó sus músculos, esforzándose en concentrarse en la lectura para que el trayecto resultara más corto.

No lo consiguió. Sus dedos, inquietos, iban una y otra vez al bolsillo interior donde guardaba el telegrama firmado por DeLucca.

¿Por qué aquella insistencia en leer lo que se sabia de memoria?

Había sobado tanto aquel pedazo de papel, que ya estaba arrugado e incluso humedecido por el sudor de sus dedos. Lo guardó nuevamente en el bolsillo, sepultándolo en el fondo y sintiéndose un tanto irritado consigo mismo.

«Importante revelación.»

Tales eran las palabras que conseguían mantenerlo en vilo.

CAPITULO II

Desde luego, Patrick DeLucca poseía una personalidad brillante y absorbente. Autor de numerosos tratados de Antropología que ocupaban lugares destacados en las bibliotecas universitarias, a sus cincuenta y cinco años seguía poseyendo la misma vitalidad e inquietud investigadora que a los treinta.

Durante los últimos cinco años, DeLucca había llevado a cabo serias investigaciones relacionadas con las posibles visitas de extraterrestres a la Tierra en los tiempos antiguos.

Sus estudios, sistemáticos y formales, le habían llevado a establecer sutiles coincidencias y relaciones entre los antiguos relatos hindúes, egipcios y bíblicos con indicios reales como las pistas de Nazca, las construcciones ciclópeas de Machu-Picchu y las colosales siluetas humanas grabadas en las rocas del Sahara.

Quizá DeLucca había dedicado a aquellos estudios más tiempo y dedicación de lo necesario, pero sus descubrimientos y audaces teorías y especulaciones habían despertado el interés y las más acerbas críticas de los eruditos y aficionados.

Lo cierto, con todo, era que Patrick DeLucca se sentía apasionado cuando se tocaba el tema de las visitas de extraterrestres a la Tierra, sobre todo de aquellas ocurridas en la antigüedad.

Para él, algunos arcanos como la coincidencia de vocablos egipcios con otros del lenguaje maya o inca estaban clarísimo DeLucca no tenia dudas. Tenía fe.

Por otra parte, no se trataba de un fanático. DeLucca creía pero no forzaba a nadie a compartir sus creencias.

Floyd Manston había visitado a los DeLucca el verano anterior, durante las vacaciones. Ellos se hallaban en su casa de campo situada en los agrestes parajes cercanos al Summer Lake, por entonces.

Con ellos estaba Milton Dreyfus, el apuesto hijo del

millonario del mismo nombre. Verdaderamente, Milton era un joven muy atractivo: alto, delgado y esbelto, moreno como los DeLucca, vivaz, de charla agradable y amena.

Milton Dreyfus no perdía de vista un solo momento a Fran DeLucca. Su *sistema* consistía en un acoso constante, interminable. No sólo la devoraba con los ojos sin el menor pudor por la presencia de otras personas, sino que la abrumaba siempre con regalos y pequeños homenajes galantes.

Fran aceptaba el galanteo, aunque sin excesivo entusiasmo. Le gustaba Dreyfus, que era amable y cordial. Y poco más, al parecer.

Pero una tarde fueron a bañarse al lago los cuatro. Es decir, el profesor DeLucca, su hija, Milton Dreyfus y el propio Floyd Manston.

DeLucca retuvo a Floyd mientras que Milton y Fran corrían al agua en bañador. Al fin, cuando Floyd consiguió desembarazarse del profesor, corrió hacia el lago.

La orilla era herbosa, densa en follaje compuesto por verdes plantas acuáticas. En algún lugar cercano se oyeron unas risas.

La que reía era Fran; Floyd pudo reconocer fácilmente aquellas carcajadas cantarinas, vivas, exultantes de alegría y regocijo.

Silencioso, aunque sin ánimo de fisgonear, avanzó, tratando de encontrarse con ellos.

Y al fin los encontró. Nadaban los dos en un remanso recogido y apartado de posibles miradas. Milton perseguía a la muchacha y cuando la alcanzó le arrebató con osadía la parte superior de su bikini.

Floyd enrojeció hasta la raíz del cabello. Y en aquel momento se sintió tan furioso que hubiera estrangulado al remilgado Milton Dreyfus.

Pero lo que más daño le hizo fueron las siguientes carcajadas de Fran, a la que parecía no disgustar demasiado la osadía del hijo del millonario. Nadando con rápidas brazadas, ella se alejó de Dreyfus. Estaba claro que se entregaba

descaradamente al coqueteo con Milton.

Fue la primera vez que paladeó el amargo sabor de los celos. Su primer pensamiento fue volver sobre sus pasos, despedirse apresuradamente del profesor DeLucca y emprender el regreso a casa sin detenerse a dar explicaciones.

Pero luego un instinto vengativo le dictó una conducta muy distinta: plantado ostensiblemente en el ribazo, dio un estentóreo grito para llamar la atención de los dos jóvenes y hacerles saber que estaba al corriente de la situación.

Fran se detuvo en seguida, alzó una mano y gritó alegre y desenfadadamente:

—¡Es Floyd, es Floyd! ¡Vamos, lánzate al agua y nada con nosotros! ¿A qué esperas?

Era evidente que no le daba ninguna importancia al descarado abuso de Milton. O quizá era tan clara, sincera e ingenua que le traía sin cuidado mostrar sus senos al aire libre.

Floyd se lanzó al agua y nadó vigorosamente lago adentro. Cuando se reunió con Fran, advirtió que la parte superior de su bikini estaba en su sitio y respiró, más tranquilo.

Aquel incidente fue rápidamente olvidado. Pero sirvió a Floyd para descubrirse a sí mismo los sentimientos que Fran DeLucca le inspiraba. Por lo demás, estaba claro que ella no iba a permitir osadías que fueran más allá de simples escarceos y bromas juveniles.

Aquel verano, el profesor DeLucca se abstraía frecuentemente en la contemplación de las aguas del lago. Permanecía allí las horas enteras, observando las oscuras aguas flanqueadas por bosques de pinos, eucaliptos y abetos, sin pestañear. Sus horas preferidas de observación eran las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde.

Pasaba tanto tiempo al borde del lago, que una tarde Floyd se atrevió a preguntar a su hija:

—¿Qué es lo que espera ver? No parece gustarle la pesca...

—¿Te refieres a mi padre? ¡Oh, papá es un soñador, querido! Tal vez espera ver brotar una fascinante sirena del agua... O quizá espera ver surgir de las profundidades uno de

esos OVNIS que asegura la gente frecuentan estos lagos.

—¿Eso dice la gente?

—¿Es que no lees los periódicos, no ves la televisión, no oyes la radio? Es la eterna noticia de relleno durante el verano —respondió Fran. Y relató con picardía—: «Avistamiento de una nave alienígena en Klamath City. Numerosos testigos afirman...» Confieso que papá es muy crédulo en algunas cosas. Quizá espera estar presente cuando hagan aparición la próxima vez los alienígenas...

Una noche, el profesor se retrasó más de la cuenta. Eran ya las diez y DeLucca no había aparecido a la hora de la cena.

Fran parecía muy tranquila, pero Floyd se sintió inquieto.

—¿Dónde puede estar? ¿Crees que se trasladó en su camioneta a esa población próxima, cómo se llama?

—¿Silver Lake? No, no ha ido allí: su camioneta está en el garaje. Supongo que papá se ha distraído a orillas del lago.

—Creo que deberíamos ir en su busca —opinó Floyd—. ¿Y si hubiera sufrido un accidente inesperado?

—Papá no es de esa clase de personas que «sufren accidentes ». Pero si te has de quedar más tranquilo, tomemos la camioneta y vayamos allá —repuso Fran.

Y así lo hicieron.

Una hora más tarde encontraban al profesor. Permanecía de pie sobre un promontorio que dominaba la orilla oriental de Summer Lake y parecía absolutamente abismado en la contemplación de las aguas del lago, que brillaban misteriosamente a la luz de la luna, que acababa de asomar por encima de las copas de los abetos.

Su abstracción era tan intensa que no vio los faros del coche ni oyó el rumor de sus pasos.

Y cuando llegaron junto a él y le sacaron de su ensimismamiento, Patrick DeLucca se mostró irritado. Era la primera vez que Floyd le veía enfadado y esto le impresionó vivamente.

—¿Por qué vinisteis a buscarme? ¿Es que no puedo

permanecer a solas cuando lo deseo? —exclamó, airado.

—Papá, Floyd estaba inquieto por tu causa. No quisimos molestarte. Sólo que… temimos que hubieras sufrido un accidente inesperado —se disculpó su hija,

DeLucca se aplacó en seguida.

Les acompañó hasta el automóvil y todos volvieron silenciosos al *cottage.* No se volvió a hablar más del asunto.

Pero dos tardes después, Floyd fue a reunirse con el profesor en aquel promontorio que dominaba el lago.

Se sentó a su lado en silencio y permaneció allí, inmóvil, durante más de una hora.

—Estoy seguro de que volveré a verles otra vez —pronunció el profesor, de improviso.

Floyd se agitó de un respingo.

—¿Cómo ha dicho? —murmuró.

DeLucca exclamó sin volverse hacia su amigo:

—Los vi una vez, hace ya más de dos años. Fue al anochecer. Vi surgir un fulgor vivísimo de las alturas, que descendió a enorme velocidad sobre el lago. Era un cuerpo aplastado, de colosales dimensiones. Permaneció unos instantes flotando sobre las aguas y luego… se hundió lentamente en el lago hasta desaparecer. Por desgracia, me dormí mientras velaba. Jamás volvió a repetirse el fenómeno.

Floyd no se atrevía a hablar.

Incluso temió que DeLucca tuviera alteradas sus facultades mentales.

Sin embargo, su voz había sonado serena, sensata, razonable.

—¿Cree, entonces, que se trataba de una nave venida de las estrellas? —inquirió al cabo, procurando no delatar su vacilación.

—¡ No creo, *lo sé!* Por eso dedico la mayor parte del tiempo a la observación. Ellos deben venir al lago con cierta frecuencia. ¿A qué? No lo sé —se respondió a sí mismo—.

Probablemente hay algo aquí que les interesa. Puede ser el agua. O tal vez sólo buscan un refugio seguro, a salvo de miradas indiscretas.

—¡Es… increíble, profesor! —exclamó Floyd, fascinado. —Pero ¿por qué no se confió a mí, por qué no me habló de su descubrimiento?

DeLucca sonrió bondadosamente.

—Querido amigo: la gente normal toma por chiflados a los que hablan de ovnis. Esa es una tendencia universal. O mejor seria decir: *terrestre.* Por lo común, la gente tiende a desconfiar de todo lo maravilloso o excesivamente complicando, de aquello para lo que no encuentran fácil explicación. Por eso no hablé. No dije una palabra a nadie, ni siquiera a Fran. Ni siquiera a ti. Y mi silencio no se debía al temor ilógico a ser objeto de mofa, sino porque la experiencia me aconseja ser cauto en temas como éste. ¿Lo comprendes, Floyd?

Manston asintió. .

—Lo comprendo perfectamente, profesor. Sin embargo, ha terminado por confiarse a mí.

DeLucca miró a Manston fugazmente.

—No fue una confidencia deliberada. Sencillamente, hablé en voz alta. Y tú estabas junto a mí. Eso es todo —respondió.

—Sea como fuere, me alegro de haber participado de su secreto, profesor —manifestó Floyd—, ¿Puedo permanecer aquí, junto a usted?

DeLucca sonrió, apacible y comprensivo.

—Puedes. Pero no hables demasiado —dijo.

Permanecieron en aquel lugar hasta las doce de la medianoche.

Había mucha humedad y la temperatura descendía excesivamente por la noche, pero ninguno de los dos experimentó la menor incomodidad.

Gozaban en silencio de aquel ambiente mágico: el lago bañado por la luz de plata de la luna, el verde intenso y

misterioso del bosque circundante, el brillo fantástico de las aguas, el cabrilleo hipnótico de las menudas ondas acuáticas, el perfume embriagador de las plantas balsámicas, los enigmáticos susurros de las criaturas del bosque, la quietud majestuosa que reinaba en el ambiente…

Al llegar la medianoche, Patrick DeLucca se alzó despacio de la roca sobre la que permanecía sentado y se volvió hacia Floyd.

—Volvamos a casa —dijo—. Ya no vendrán esta noche.

Floyd obedeció sin hacer preguntas, aunque el profesor se había mostrado por demás misterioso con aquella demoledora frase de: «Ya no vendrán esta noche.»

¿Cómo podía saberlo él, cómo estar seguro de que la misteriosa astronave descendería o no sobre el Summer Lake?

Hay que decir que, razonablemente, Floyd no hubiera creído a nadie que le hablase del OVNI que visitaba el lago Summer. Pero en DeLucca creía por instinto, a ciegas y fervorosamente.

El profesor DeLucca era demasiado sensato y sabio para engañarse a sí mismo. ¿Conclusión lógica? Si él aseguraba una cosa, podía contarse que decía la verdad, simple y pura.

Caminaron por la vereda junto a la orilla, llegaron a la camioneta y volvieron al *cottage* situado a unos cinco kilómetros del lago.

Pocos días después, Floyd hubo de volver a California. Eran los últimos días de agosto y Manston debía volver a la universidad a principios de septiembre.

CAPITULO III

Vio a Fran mucho antes de que el autocar se detuviera junto al acceso de llegadas nacionales.

Estaba tras de los cristales, vestía un precioso vestido de punto color azul y parecía llena de ansiedad.

Cuando, minutos después, se reunieron en el vestíbulo, Fran se abrazó a él, trémula y anhelante.

—Fran, querida Fran —murmuró él.

Y sus labios besaron las mejillas, rozaron su oreja izquierda y finalmente acariciaron fugazmente los labios de la joven.

—Recibí el telegrama de tu padre y he venido en seguida. Espero que…

Había una sombra de angustia en los ojos oscuros de Fran.

—No fue papá quien cursó el telegrama. Fui yo —confesó.

Debía haberlo sospechado, pues el profesor hubiera redactado el texto en términos más precisos y concretos. Y de todas formas, Floyd había tenido la premonición de que el telegrama era de Fran DeLucca.

—¿Bien? ¿Qué es lo que ocurre?

Pero ella le tomó por un brazo y le llevó al exterior.

—Ven. Hablaremos en el coche. Lo tengo aparcado muy cerca.

Subieron a la camioneta y abandonaron el aeropuerto. Cuando ya rodaban a mediana velocidad por la autopista, surgió bruscamente la confidencia.

—Floyd, papá ha desaparecido.

Manston tardó unos segundos en reaccionar. Verdaderamente, hubiera asimilado cualquier noticia, por sorprendente que fuera, menos aquélla,

— ¿Desaparecido? ¿A qué te refieres?

Fran se mordió el labio inferior, atenta al tráfico rodado. Exhalaba un leve perfume que Floyd trató de captar más intensamente aproximando el rostro a sus cabellos.

—Desapareció. Eso es todo.

—Pero ¡no comprendo! ¿Quieres explicarte más claramente?

—Es largo de contar. Y ahora tengo que concentrarme en la conducción. Más tarde hablaremos con tranquilidad. Bueno... es una simple forma de expresión, porque estoy sobre ascuas.

Sucedió una pausa de varios minutos.

La camioneta corría ahora a más de cien kilómetros por hora, siguiendo la autopista. Evidentemente no se dirigían a Eugene, sino hacia el sureste.

—¿Vamos hacia Summer Lake?

—Sí.

Al cabo de unos minutos, Floyd se sintió incapaz de seguir en silencio.

—¿Quieres dejarme conducir? Tengo mucha práctica en charlar mientras conduzco. ¿Te parece?

—Perfectamente. Te lo agradezco.

El coche aminoró su velocidad y se detuvo poco a poco hasta alcanzar el arcén. Cambiaron los puestos y Floyd hizo volver el vehículo a la calzada.

—Y ahora, dime. ¿Cuándo desapareció tu padre?

—Hace una semana.

—¿Cómo? ¿Toda una semana? Supongo que has denunciado su desaparición a la policía...

—No.

—Pero ¿por qué?

—A papá no le gustaba llamar la atención, ni provocar noticias escandalosas en los periódicos.

—Fran, eres una inconsciente. Siento tener que expresarme así, pero no puedo hacerlo de otra manera. ¿Has llegado a pensar que tu padre pudo sufrir un accidente de tráfico, ser secuestrado o… asesinado?

Fran le dirigió una mirada fugaz.

—¿Crees que no estoy preocupada por la suerte que haya podido correr mi padre? —protestó con un brillo tierno en sus bonitos ojos—. He hecho algunas averiguaciones en persona o por teléfono. Puedo asegurarte que papá no sufrió ningún accidente, ni fue secuestrado, ni sufrió un ataque de amnesia. Nada de eso. Lo he comprobado hasta la extenuación.

—¿Entonces…?

—Se trata de otra cosa.

—Pero ¿qué cosa?

—Déjame que empiece por el principio, ¿quieres?

—Desde luego. Adelante.

—Todo empezó hace un mes, aproximadamente. Papá decidió pasar el fin de semana en Summer Lake. Me hubiera gustado acompañarle, pero no pude: tenía que acompañar a Salem a nuestro alcalde. —Fran era secretaria particular de Nelson Verrill, el alcalde de Eugene.

—Sigue, por favor.

—No volvió el domingo por la tarde, como era habitual. Me llamó por teléfono y me explicó que no podía volver, que tenía algo muy urgente que hacer en Summer Lake. Su puse que estaba trabajando en su último libro y lo acepté así. Papá me pidió que llamara al rector de la universidad y le suplicara gestionara la excedencia de mi padre por uno o dos meses.

—Eso significa que trabajaba intensamente —intervino Floyd.

—Sí, yo también pensé eso. La conversación con el rector fue rápida, convencional. Míster Gregson está acostumbrado a las excentricidades de papá, pero no quiere perder a un profesor famoso en el mundo entero. Me dijo que se ocuparía de todo y que le transmitiera sus saludos a mi padre.

—¿Y bien…?

—Todo era normal, cierto. Cada noche llamaba a papá por teléfono y le preguntaba si iba a venir antes del fin de semana y también por su trabajo. Dijo que no volvería a Eugene por el momento, puesto que el trabajo le absorbía por completo. Esto también era normal. Papá es una persona muy laboriosa, un verdadero «fiebre». A veces empieza a escribir un libro y se pasa los días enteros sin abandonar su despacho, trabajando febrilmente hasta que da fin a su obra. A veces ha llegado a trabajar cuarenta días sin parar, lo que le supone perder diez o doce kilos de peso, que por fortuna recupera fácilmente en cuanto vuelve a la vida normal.

Dejó escapar un leve suspiro y declaró:

—Pero había algo anormal en todo aquello… No lo descubrí hasta que llegó el viernes.

—Cuéntame.

—Llamé a papá y le dije que me ponía en camino hacia Summer Lake para pasar el fin de semana en su compañía. Reaccionó en seguida como un loco. Dijo que no, que de ninguna manera, que me fuera a pasar un par de días a Salem… Jamás había ocurrido tal cosa. Se me saltaron las lágrimas y él lo notó.

¿Y…?

—Intentó darme una explicación. Dijo que el trabajo que traía entre manos exigía toda su atención y una absoluta concentración. Intentó bromear: «Si estás a mi lado me será imposible concentrarme, pequeña bruja», me dijo. Pero yo insistí. Argumente que llevábamos más de una semana sin vernos y que yo quería estar a su lado. Entonces se enfureció. En fin, hube de prometerle que permanecería en casa. O, lo que es lo mismo, que no se me ocurriría aparecer por el *cottage* de Summer Lake hasta que él me avisara.

Lo triste fue que transcurrió otra semana y Patrick DeLucca seguía insistiendo en trabajar sin ser interrumpido.

—Su voz sonaba rara, con una extraña tensión, excitada y brusca. Es lo que suele ocurrirle cuando está a punto de dar fin a un logro sensacional. Le pregunté, pues, si su obra estaba muy avanzada, si estaba a punto de terminar. Y me contestó

que no, se despidió rápidamente y colgó.

—Verdaderamente extraño, sí —admitió Floyd Manston.

—Yo no sabía qué actitud adoptar. Comenzaba a odiar aquel libro que me separaba de mi padre tan cruelmente. Incluso estaba decidida a coger mi pequeño Masseratti y ponerme en camino hacia Summer Lake sin avisarle previamente. Pero conozco a papá y es muy estricto cuando se trata de su independencia y su trabajo. En algunos casos puede llegar a enfadarse terriblemente, aunque su natural es bondadoso y comprensivo, incluso más generoso de lo normal.

—Bueno, ¿qué hiciste? —preguntó Floyd, impaciente.

—La iniciativa partió de él. Hace diez días me llamó a la Oficina del ayuntamiento. Y de repente me preguntó si no me importaría que emprendiera un viaje, a solas. Era una pregunta incongruente, porque precisamente es él quien siempre ha insistido en que le acompañe a todas partes.

—Pero ¿qué clase de viaje se proponía emprender?

—Traté de sonsacarle, pero se escurría habilidosamente, eludía una respuesta concreta o respondía indirectamente. Intuí que se trataba de un viaje largo, indefinido. Y me sentí llena de angustia. Compréndelo: mi padre jamás me había ocultado sus ideas o proyectos más importantes. Y ahora estaba tratando de ocultar algo, deliberadamente.

—Le dijiste que no le dejarías ir solo, imagino.

—Sí. Y expuse argumentos convincentes. Pero él dijo: «Este viaje es sólo para mí. No puedo llevar a nadie conmigo. Es una experiencia reservada personalmente y exclusivamente para mí.» Prorrumpí en sollozos y él cortó la comunicación.

Ese mismo día, Fran decidió dirigirse directamente a Summer Lake y entrevistarse con Patrick DeLucca.

—Resultó imposible. Nelson Verrill sufrió un infarto y tuvieron que hospitalizarle a toda prisa. Me vi obligada a hacerme cargo de su oficina y no estuve libre hasta dos días más tarde, es decir: el viernes pasado. Llegué a Summer Lake. Al principio, creí que papá estaba en su despacho...

La camioneta estaba en el garaje y dentro de la casa todo

tenía el aspecto de los lugares habitados.

—Pero no se encontraba allí. Recorrí toda la casa. Inútilmente. Luego cogí la camioneta y fui al lago. No lo encontré.

Fran se pasó el resto del día interrogando discretamente a docenas de personas. A los guardas forestales, a los amigos que poseían cabañas o casas de campo en las inmediaciones y a toda persona que encontró en los alrededores del lago.

Luego comenzaron las llamadas telefónicas.

—Llamé a todos los conocidos, sin ningún resultado práctico. Nadie le había visto, de un mes acá. Llamé a los hospitales, a los puestos de socorro, a la policía... Al fin me convencí de que papá no había sufrido ningún accidente.

—Debiste denunciar su desaparición a la policía —insistió Floyd, terco.

—Ya conoces mis razones en contra. Además... algo me sugería en lo más íntimo que la policía no podría resolver mi problema.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo entiendes? Papá me había venido previniendo: se disponía a emprender un viaje, se disponía a *desaparecer*. No se trataba de algo inesperado, sino perfectamente elaborado, pensado y organizado. El *quería* hacer ese viaje.

Fran calló. Floyd permaneció ceñudamente absorto.

Diez minutos después, se desvió a la altura de un motel y se volvió a Fran.

—¿Quieres bajar a tomar un café? Tengo que telefonear.

—¿A quién?

Floyd apoyó una mano en el hombro femenino.

—Tranquilízate, cariño. No pienso tomar ninguna iniciativa respecto a tu padre sin contar contigo previamente. Voy a telefonear a mi madre. Hoy es mi cumpleaños y ella me había preparado una pequeña fiesta... Pero imagino que tú me necesitas ahora. Le diré que me es imposible volver, de

momento. Le va a sentar mal, pero se resignará. Es una buena mujer.

Fran le miró emocionada. Y sus labios carnosos se agitaron trémulos.

—¡Oh, Floyd, lo había olvidado! Lo siento, discúlpame. Te... te felicito de todo corazón.

El hombre se inclinó y besó sus labios.

—Gracias, cariño. Y ahora, baja del coche y estira las piernas. Tomaremos un café, llamaré por teléfono y volveremos a la carretera.

Veinte minutos después estaban de nuevo en ruta.

La conversación con la señora Manston no se había desarrollado en términos muy tranquilizadores: la pobre señora se había alarmado en seguida. Pero Floyd sabia tranquilizarla e infundir confianza a su madre.

—Llama a tía Betsy y dile que vaya a pasar unos días contigo. Ya sabes que le encanta. Volveré a llamarte frecuentemente —se despidió.

Ahora, de nuevo en la camioneta, miró a Fran y preguntó:
—¿Has hablado de todo esto a alguien que no sea yo?

Una sombra pasó por los ojos de la joven.

—Sí. Me sentía tan angustiada que llamé a Milton Dreyfus. Necesitaba alguien en quien apoyarme y tú estabas tan lejos...

—Comprendo. ¿Qué hay de Milton?

—Le conté lo mismo que a ti. Puso una cara muy rara y luego pronunció aquellas palabras...

—¿Qué palabras?

—Dijo: «Mira, nena, por ti soy capaz de hacer cualquier cosa que no se salga de lo razonable, pero tu padre está chalado. No me extrañaría que se hubiera arrojado al lago en un ataque de locura.»

—¡Ese maldito cretino! ¿Es que no tiene delicadeza?

—Le dejé con la palabra en la boca y me marché. No

volveré a verle. Jamás.

«Vaya —pensó Floyd—. Al menos, ahora tengo el campo despejado en mi camino hacia esta preciosa muchacha.»

—Lo celebro —declaró, sincero—. Se comportó groseramente contigo. No le necesitas para nada. Me tienes a mí.

Ella alzó una mano y le acarició suavemente la mejilla. Una intensísima sensación placentera recorrió la epidermis de Floyd Manston. De buena gana se hubiera dejado ganar por la voluptuosidad, pero volvió a concentrarse con un esfuerzo.

—Es extraño —murmuró al cabo de unos minutos.

—¿Qué? —preguntó ella.

—No concibo que un hombre tan sensato como el profesor DeLucca se marchase sin dejarte una simple nota explicatoria. Es un hombre bondadoso y un padre consciente. Supongo que debió imaginarse que la incertidumbre te acarrearía una intensa angustia. Debió dejar un mensaje suficientemente explícito.

Los dedos de Fran se clavaron en su brazo derecho.

—Y lo dejó, Floyd. ¡Lo dejó! —murmuró la muchacha, temblorosa—. Dejó grabado un mensaje en su magnetófono.

—¿Es posible?

—Pero lo que dice allí es tan fantástico que ninguna persona sensata le daría crédito —declaro la joven.

CAPITULO IV

Floyd encendió un cigarrillo antes de tomar en sus manos el pequeño magnetófono.

Aspiró el humo profundamente, dejó el cigarrillo en un cenicero y alzó la cabeza para mirar a Fran, que le observaba atenta.

—Conéctalo —le animó ella—. Es la cara «A» de la cassette. Ya está rebobinada. ¡Adelante!

Fran le había anticipado por el camino el contenido de aquella grabación. Por eso se sentía tan nervioso.

Finalmente depositó el aparato sobre la mesita y oprimió la tecla marcada con la palabra «PLAY».

El amplio silencio del estudio permitió escuchar un leve siseo y luego la voz grave y bien timbrada del profesor DeLucca:

Queridísima Fran:

Estoy seguro de que encontrarás fácilmente este mensaje y por tanto me ahorraré las palabras preliminares.

Estoy decidido a emprender el viaje de que te hablé. He llegado a esta decisión después de consultar fríamente con mi propia conciencia.

No se trata de un viaje convencional, sino de un largo periplo lejos de este mundo.

¿Angustiada? Te pido que no frunzas el ceño, que contengas tus lágrimas y sonrías animosamente, como yo te enseñé a hacerlo.

Sé que debo hacer este viaje y no renunciaré a él, ni siquiera por ti.

Además, sé que no te causaré un trauma profundo y que finalmente también a ti te servirá de experiencia.

En cierto modo, tú has intuido inconscientemente qué clase de viaje es *el que me propongo emprender.*

Ellos han vuelto por fin. Ellos sabían que yo estaba allí, hora tras hora, día tras día, aguardando en el promontorio a la orilla del lago.

Lo sabían y me conocían, pero aún no habían decidido llevarme consigo.

Luego nos encontramos a orilla del lago y conversamos ampliamente. Bueno, no fue propiamente una conversación como nosotros, como tú y yo la entendemos. Noté de pronto que una voz retumbaba en mi cerebro. Y era la de la criatura que tenía ante mí.

Luego quise hablar y hablé fluidamente, sin que mis labios se movieran.

Se había operado un cambio insólito en mi: de pronto podía comunicarme telepáticamente con aquel ser inteligente y maravilloso.

Me explicó muchas cosas: arcanos insoldables que yo jamás hubiera soñado conocer ni desentrañar y que de pronto se me antojaban diáfanos, sencillos, facilísimos.

Yo sentía una alegría interior muy peculiar. Era como si me hubiera liberado de todas las cargas y limitaciones terrenales, como si hubiera ascendido a un plano superior, desde donde todo era inteligible y comprensible.

Le expuse mis deseos, pues me sentía exultante de dicha. No era una utopía, hija mía, no estamos solos en el universo. Ellos eran seres reales... ¡Existían! Y yo podía verlos e incluso tocarlos.

Son bondadosos y justicieros. Y su aspecto...

Pero no quiero hablarte ahora de ello, de su apariencia exterior, sino de su colosal capacidad para superar todas las barreras y progresar en el tiempo y en el espacio.

Confieso que me causó una gran satisfacción comprobar que muchas de mis teorías y conjeturas coinciden plenamente con la realidad. Nuestra historia antigua es incompleta, pero existen en ella pasajes fidedignos, aunque al transmitirse los episodios de viva voz se tergiversan en parte.

La vida es maravillosa e inconmensurable y existen posibilidades a todos los niveles. Sólo nuestra pobreza de miras, nuestra cortedad de alma y nuestro egoísmo nos impide ver con claridad

todas las maravillas que tenemos a nuestro alcance.

El hombre, el hombre de la Tierra, podría progresar un millón de veces en apenas un año, si supiera desprenderse de su soberbia, de su egoísmo, de su envidia y de su falta de solidaridad.

Estoy viviendo estos días una experiencia maravillosa. Trato continuamente con Ellos, que incluso han aceptado visitar nuestra casa y examinar nuestros pequeños y deleznables tesoros.

Dentro de poco se marcharán y yo marcharé con ellos.

Han prometido que volverán pronto, lo que significa que volveré contigo en un plazo prudencial. Pero yo no sé exactamente lo que significa pronto para quienes pueden vivir lo que a nosotros se nos antojaría una eternidad. Esto me inquieta un poco.

Sin embargo, confieso que confío absolutamente en Ellos. Si tú pudieras vivir esta experiencia comprenderías la razón de mi confianza, hija mía.

Y ahora debo hacerte encarecidamente un ruego: no sufras por mi causa. Ten la seguridad de que me encuentro perfectamente, mejor que nunca podría encontrarme. Mi estado actual podría definirse como una especie de Nirvana, pero no sólo espiritual, sino también eminentemente físico.

Debo pedirte también que mantengas esta confidencia en secreto. Si nuestros amigos se extrañan por mi ausencia, diles que he partido de viaje, a vivir una experiencia singular. Y no habrás dicho sino la pura verdad.

Te ruego que no avises a la policía ni pienses que he sufrido un accidente. Si me es posible, pienso hacerte llegar alguna señal que te hará comprender sin duda que estoy vivo, maravillosamente vivo y feliz.

Querida Fran, si tu ánimo no pudiera soportar la soledad, si por un momento te sintieras incapaz de luchar contra el abatimiento, no debes recurrir a otra persona que a Floyd Manston. Es un hombre íntegro, sensato y noble. Estoy convencido de que te ama apasionadamente, aunque su timidez su indecisión le hayan impedido demostrarlo hasta ahora.

Hoy ha ocurrido un accidente a uno de mis amigos. Tuve que traerlo aquí en un vehículo especial y atenderle con los remedios que él mismo me pidió hasta que se encontró en condiciones de

volver al lago.

Y ahora, queridísima hija, sólo me queda despedirme de ti.

*Hasta pronto. Te ama profundamente, hoy más que nun*ca, *tu padre.*

Se oyó el «clic» de la terminación de la cinta magnetofónica y el aparato se desconectó automáticamente.

Floyd y Fran permanecieron absortos durante largo rato. La voz viril, reposada y bien timbrada del profesor DeLucca parecía flotar aún en el ambiente.

Al cabo, ambos jóvenes se miraron. Floyd tenía una expresión muy especial en su rostro atezado.

—¿Qué te parece? —rompió ella el silencio.

Manston suspiró profundamente.

—No sé qué pensar —respondió, sincero—. Si ésa no fuera la voz de tu padre, pensaría que alguien ha querido gastarnos una broma intolerable. Pero él jamás se prestaría a un juego tan absurdo y... doloroso.

Fran encendió un cigarrillo y aspiró el humo ávidamente.

—¿Crees, pues, que lo que dice ahí es cierto? ¿Que tuvo un encuentro con extraterrestres, que *ellos* le invitaron a realizar un *viaje* en su compañía? —insistió la joven.

—Ya te he dicho que no sé qué pensar —respondió, desconcertado y un tanto irritado, no contra Fran, sino contra si mismo—. Mi cerebro es un caos en estos momentos. Los conceptos que vierte tu padre son tan abstractos... y al mismo tiempo tan atrayentes. Se diría que él se sentía absolutamente en paz cuando grabó ese mensaje. Por lo demás, no se. Quizá una mente vulgar como la mía se resista a creer en cosas casi sobrenaturales.

Tu mente no tiene nada de vulgar —protestó Fran fervorosamente—, Y por otra parte, tu desconcierto es lógico. Deja tu mente en blanco. Poco a poco, las ideas irán desarrollándose en tu cerebro por sí mismas. Descansa. Yo me siento más tranquila ahora.

Floyd se incorporó y paseó de un extremo a otro de habitación. De repente se detuvo ante la joven.

—Hay un pasaje de esa grabación que se me ha quedado especialmente clavado en el cerebro —dijo.

—¿Te refieres al *accidente* sufrido por uno de ellos

—¡Justamente! —se maravilló él de que ambos coincidiesen en ello. —Y sobre todo a esa frase de «tuve que traerlo aquí en un vehículo especial». ¿A qué se referiría? ¡Esa podría ser una pista a seguir!

—No es necesario hacer ninguna indagación —le atajo Fran —. Por casualidad, puedo responderte a eso sin necesidad de que consultemos a nadie.

—Explícate.

—Ya sabes que estuve interrogando a todas las personas que viven en varios kilómetros a la redonda. Uno de ellos es Frank Carpenter, el dueño de la serrería de Crown Range. Cuando le pregunté si había visto recientemente a papá, respondió: «No he vuelto a verle desde que me devolvió el camión que me alquiló hace exactamente cinco días.» Le pregunté a qué camión se refería y señaló un enorme vehículo de casi veinte toneladas que utiliza para el transporte de troncos.

Floyd parpadeó, incrédulo.

—¿Quieres decir que tu padre alquiló un camión de veinte toneladas para... para traer aquí a... a uno de sus amigos? —farfulló con torpeza.

CAPITULO V

¿Fran se mordió el labio inferior.

—Tienes razón —admitió—. Es demasiado descabellado pensar algo así. Y, sin embargo...

Calló bruscamente, mientras Floyd Manston volvía a pasear de un extremo a otro del espacioso estudio, con la actitud de una pantera enjaulada.

—Salgamos de aquí —propuso él, de pronto—. El ambiente de esta casa llega a atosigarme.

—¿Salir? Pero ¿adónde?

—Vayamos al lago. Es posible que un paseo por la orilla logre serenar mis nervios —respondió él.

Salieron de la casa y fueron al garaje. Cuando subían a la cabina de la camioneta, Fran se preguntó, absorta:

—¿Para qué querría papá el enorme camión de Carpenter?

Pero Floyd respondió, irritado:

—No te preocupes por eso. Ya sabes que tu padre es un hombre excéntrico. Quizá quería traerse unas rocas. O talvez un árbol. ¡Quién sabe...!

Fran dio la llave de contacto y el motor zumbó suavemente. Un momento después, el vehículo rodaba por el sendero forestal, camino de Summer Lake.

Floyd sacó un paquete de cigarrillos, tomó dos, que encendió seguidamente y puso uno en los labios de Fran.

—Disculpa mi brusquedad —rogó—. Es que... Bien: tu padre tenía razón. Todo aquello que no entendemos nos saca de quicio. Te aseguro que procuraré conservar la calma.

—No te preocupes, Floyd, comprendo tu estado de ánimo —susurró ella, afectuosa.

Era muy agradable sentir tan próxima la presencia de Fran. Y rodar a poca velocidad por aquel hermoso y sinuoso camino forestal, bordeado de altas hierbas y limitado por la masa espesa y majestuosa del bosque de coníferas.

Hacia las siete de la tarde, se encontraron con un guardia forestal a caballo. Era el fornido Adam Harmand, un simpático personaje que parecía extraído de un épico relato del Fai West.

Harmand era muy amigo del profesor DeLucca y su hija, por lo que Fran aminoró la marcha del vehículo y frenó al borde del camino; el guarda forestal taloneó a su caballo se acercó a ellos.

Saludó, estrechó la mano de Floyd Manston y preguntó, cordial, a Fran:

—¿Qué tal están «Sansón» y «Dalila»?

—¡Oh. Dios mío! Me temo que me he olvidado completamente de ellos —exclamó Fran, atribulada. Y añadió, moviendo la cabeza, pesarosa—: Tengo que ocuparme de ellos en cuanto vuelva a casa.

Y pensó: «¡Ojala no sea demasiado tarde!»

Encendieron cigarrillos. Harmand preguntó a Fran por su padre.

—¿Papá? Bueno, está de viaje. Un viaje de estudios, eso es. Espero que regrese pronto —expresó, conturbada.

El guarda forestal volvió a llevarse la mano extendida al ala de su sombrero y se despidió de ellos.

—Tengan cuidado con los cigarrillos —les recomendó—. Hace nueve días se produjo un furioso incendio a orillas del lago.

Floyd contuvo la respiración y a Fran se le escurrió el cigarrillo de entre los labios, intentó atraparlo en el aire y la brasa estalló en un chorro de chispas que la joven se esforzó atolondradamente en sacudir a manotazos.

—¿Lo ve? —bromeó Harmand—, Cualquier motivo puede provocar una tragedia, si no se toman las mínimas precauciones.

—¿Dice que hubo un incendio a orillas del lago? —inquirió Manston, tenso.

—Un gran incendio, sí, señor, que produjo complicaciones considerables.

—¿A qué se refiere?

—Advertimos el fuego a primeras horas de la noche y en seguida avisamos por radio a la Base de Extinción de Incendios de Coos Bay. Los hidroaviones llegaron a Summer Lake media hora después y descargaron sus tanques sobre el fuego, que extinguieron en su mayor parte. Pero cuando uno de los aparatos evolucionaba sobre el lago, capotó de repente de forma inexplicable y se precipitó verticalmente a las aguas. Por fortuna, el piloto se arrojó en paracaídas y fue rescatado poco después. Sin embargo, resulta poco menos que imposible recuperar el hidroavión. Ya conocen la profundidad del lago, superior a los ciento setenta metros —relató el guarda.

Agitó la mano en señal de despedida y se alejó a caballo.

Floyd y Fran quedaron silenciosos. Luego cambiaron una mirada de estupor.

—¿Crees que ese incendio pueda tener relación con...? —comenzaron a decir los dos al unísono.

Fran puso el motor en marcha y avanzaron por el camino. Llegados a la orilla del lago, pudieron observar en seguida la gran mancha oscura que marcaba el punto donde el fuego había destruido el bosque, allá hacia el sur.

Bajaron de la furgoneta y tomaron el sendero que conducía al promontorio rocoso que servía de observatorio al profesor DeLucca.

Fran se sentó en la cornisa rocosa y Floyd le imitó. Tenía muchas ganas de fumar otro cigarrillo, pero recordando las advertencias de Harmand, se esforzó en reprimir su ansiedad.

El sol declinaba ya hacia la línea del horizonte y las copas de los árboles se teñían de rojo. El paisaje era grandioso, bellísimo y atrayente. A la luz del sol poniente, las aguas de Summer Lake tenían el brillo del cobre bruñido.

Permanecieron largo rato abstraídos en la contemplación del maravilloso panorama, cada cual inmerso en sus propios

pensamientos.

Luego Floyd inquirió de improviso:

—¿Quiénes son «Sansón» y «Dalila»?

—¡Ah, eso! Pues verás: «Dalila» es una preciosa yegua de pelaje dorado y «Sansón» es un potro negro como el azabache. Papá me regaló «Dalila», poco después de Año Nuevo. Pero lo cierto es que se enamoró perdidamente de ella. Y entonces yo le regalé a «Sansón». Son dos animales preciosos, mansos y dóciles. Papá y yo hemos gozado mucho esta primavera, recorriendo a caballo las estribaciones de Crown Range...

Se mordió un dedo, disgustada, y añadió:

—Por desgracia, la... desaparición de papá ha sido la causa de que me olvidara por completo de los pobres animales. Y ahora me siento llena de remordimientos... ¡No me perdonaría que hubieran muerto de inanición, aunque en el establo hay heno y grano suficientes! Papá siempre cerraba la puerta del establo. Temía que pudiera penetrar allí algún animal dañino que espantase a los caballos —explicó.

Permanecieron en el promontorio hasta que el sol desapareció por completo. Entonces volvieron caminando lentamente a la camioneta, subieron al vehículo y emprendieron el regreso al *cottage*.

Cuando llegaron, Fran fue directamente al establo, seguida por Manston.

Abrió el portalón metálico del establo y exhaló una exclamación contenida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Floyd, distraído.

—¡«Sansón» y «Dalila» han... desaparecido! —respondió ella.

El establo estaba vacío, aunque en perfecto orden. El suelo estaba limpio de estiércol, el pesebre lleno de heno y cebada y los haces de forraje seco perfectamente alineados en un rincón.

—¿Crees que los animales pudieron escapar? —sugirió Floyd.

—¡Imposible! —respondió ella—. ¿No has visto que he abierto la puerta con mi llave? Y hay una cerradura de seguridad, a prueba de manipulaciones y llaves falsas. No lo entiendo.

—Alguien pudo obtener un duplicado de tu llave. Quizá llegó alguien en ausencia de tu padre y robó los animales.

Fran trató de *digerir* aquella idea.

—¡Tienes razón! Tuvimos aquí a unos albañiles, poco después de que vinieran «Sansón» y «Dalila». Uno de ellos me pareció persona de poco fiar. Siempre estaba espiándome a través de los cristales... ¿Cómo se llamaba aquel tipo? ¡Es igual! —decidió—. Me temo que tendré que llamar a la policía de Silver Lake. Ellos se encargarán de los ladrones.

Excitada y furiosa, corrió hacia la casa, penetró en el salón principal y descolgó el teléfono. Comenzó a marcar en seguida el número de la oficina del sheriff de Silver Lake, pero pronto comprobó que no había línea.

—¡Vaya! —exclamó, fastidiada—. Ahora el teléfono se ha estropeado.

Fue inútil que Floyd lo intentara seguidamente: a sus oídos no llegó la señal que anuncia que la línea funciona.

—Todo es tan misterioso —murmuró el hombre, sacando inconscientemente el paquete de cigarrillos.

—*Demasiado* misterioso —recalcó la joven—. Pero no pensemos más en ello o llegaré a obsesionarme. Voy a preparar unos emparedados.

Se había hecho de noche. Mientras Fran iba a la cocina, Floyd decidió meter la camioneta en el garaje.

Salió de la casa, la rodeó y subió a la camioneta. Iba a dar al contacto cuando vio algo que brillaba en el suelo. Se inclinó y lo cogió.

Se trataba de un disco metálico de unos cuatro centímetros de diámetro y unos cinco milímetros de grosor. Es decir, del tamaño aproximado de una moneda. Pero lo que dejó a Manston profundamente intrigado fue el considerable peso de aquel disco metálico y su raro brillo azulado.

Lo sopesó en su mano y lo examinó minuciosamente. Más no había mucho que observar. Era un disco de metal, perfectamente liso, sin ninguna inscripción ni relieve.

—¿Qué diablos será esto? —murmuró perplejo.

Volvió a tantear la rodaja de metal y luego se la metió en el bolsillo. Tras lo cual puso el motor en marcha, metió una velocidad y condujo con cuidado hacia el garaje, cuya puerta estaba alzada.

Bajó. Ya se disponía a bajar el portón basculante cuando vio aquella gran mancha sobre el piso de hormigón. El polvo y las rodadas de la camioneta la habían borrado parcialmente, pero aquella mancha de color marrón oscuro... tenía la forma de un pie.

Un pie muy extraño, ciertamente, pues medía unos sesenta centímetros de longitud, por unos cuarenta de anchura media. Los dedos, de forma triangular, no eran cinco, sino sólo tres.

—¡Absurdo! —masculló Floyd, disgustado—. Debe tratarse de una mancha que ha tomado esa forma accidentalmente. Quizá se vertió un bote de pintura y...

Pero tres metros más allá había otra mancha *idéntica a la primera.*

Aquella segunda «huella» estaba junto a la puerta metálica situada al fondo del garaje.

La puerta mediría unos tres metros de altura. Sobre el marco, en su parte superior, había una gran mancha del mismo color —marrón rojizo, muy oscuro—, aunque a raros trazos caprichosos y sin forma definida.

Floyd tenía idea de que aquella puerta comunicaba con una gran nave que el profesor DeLucca había hecho construir en el ala norte del *cottage,* pues tenía el proyecto de instalar en aquella dependencia un completo gimnasio.

Giró el pomo dorado de la puerta y empujó, pero la puerta debía estar cerrada con llave, pues no cedió, a pesar de sus insistentes embites.

—¿Qué debo hacer? —se debatió en la duda, desorientado —. Si pido la llave a Fran, ella sospechará que he descubierto algo insólito. Pero tampoco puedo soportar esta duda.

Volvió a la casa, vacilante y febril.

Fran se afanaba en la cocina preparando una bandeja de bocadillos variados.

—He llevado la camioneta al garaje —dijo Manston, indeciso.

—Perfectamente. Abre el frigorífico y trae un par de botes de cerveza. ¿Te importa que comamos aquí mismo? —preguntó ella.

—No, no me importa en absoluto —dijo él. Y paseó, impaciente, de un extremo a otro de la estancia.

—Estás muy nervioso, cariño —observó Fran—. ¿Por qué no traes la cerveza?

Floyd se detuvo bruscamente frente a ella.

—He visto unas grandes manchas de color marrón en el piso y las paredes del garaje. Dime, ¿alguien vertió un bote de pintura? —preguntó a la joven.

Fran se volvió y le miró con estupor.

—No, que yo sepa. Pero ¿a qué se debe esa pregunta? ¿Te inquietas por unas simples manchas de pintura?

—Hay una gran nave detrás del garaje, ¿verdad? —siguió él, como si no hubiera oído la pregunta de Fran—. ¿Sabes dónde está la llave de esa nave?

—Todas las llaves de esta casa están guardadas habitualmente en el taquillón del vestíbulo —respondió ella—. Papá es muy ordenado en cuanto a eso: cada llave tiene una etiqueta de plástico con el nombre de la dependencia a que corresponde. Búscalo, si quieres.

Floyd dio una brusca media vuelta y se encaminó al vestíbulo. Abrió la tapa del taquillón: allí estaban todas las llaves, cuidadosamente ordenadas.

Floyd tomó una de ellas en sus manos. En la etiqueta ponía: «GIMNASIO».

Con un sentimiento urgente e imposible de reprimir, Floyd se encaminó al garaje, lo cruzó y abrió la puerta del futuro

gimnasio.

A través de un gran ventanal corrido, situado al fondo, penetraba una leve claridad crepuscular.

A tientas, pues la estancia permanecía en penumbras, Floyd buscó el interruptor de la luz y lo bajó.

Los tubos fluorescentes que colgaban del techo se encendieron tras un breve parpadeo y la nave quedó inundada de luz.

Y entonces vio las grandes huellas que cruzaban el piso de la nave, separadas unos tres metros entre sí. .

Huellas idénticas en tamaño y en forma a las que había visto en el piso del garaje, pero más nítidas en su contorno.

Las huellas se dirigían hacia el muro situado a la derecha.

Había unos caballetes adosados a la pared, sobre los que alguien había colocado unos amplios tableros. Y encima unas mantas.

El conjunto formaba un estrado de unos cuatro metros de longitud por uno y medio de ancho y uno de altura sobre el suelo.

Floyd caminó hacia allá, perplejo.

Lo que cubría los tableros eran viejas mantas de envolver muebles. Estaban muy raídas y manchadas. Las manchas eran del mismo color que las huellas del suelo.

Parecían manchas de sangre seca.

CAPITULO VI

Tras permanecer unos minutos en la nave, Floyd volvió apresuradamente sobre sus pasos, apagó la luz y cerró la puerta con llave.

Luego hizo lo mismo con el pontón basculante del garaje, volvió apresuradamente a la casa, depositó la llave en el taquillón y entró en la cocina.

Fran se volvió desde la mesa donde acababa de dar los últimos toques a la cena.

—Ven, siéntate. ¿Dónde estabas? ¡Aún no has abierto las cervezas!

Floyd abrió el frigorífico y sacó dos latas de cerveza, que depositó sobre la mesa.

—Bueno, ¿qué te ocurre? —se impacientó Fran—, Se diría que has visto un fantasma. ¿Qué era lo que te intrigaba en la nave del futuro gimnasio?

El se disponía a responder cuando súbitamente se oyó el zumbido del teléfono.

Ambos se miraron, boquiabiertos.

—Pero, bueno —murmuró Fran, pasmada de asombro—. ¿No había avería en la línea?

—Es posible que la hayan reparado, desde entonces —respondió el hombre.

Fran corrió hacia el salón y Floyd fue en pos de ella.

La llamada provenía de Eugene y la hacía el doctor Humphrey Haydok, un famoso médico del Memorial Hospital Franklyn D. Roosevelt.

—Soy Fran, la hija del profesor DeLucca.

—Por favor, diga a su padre que se ponga al aparato.

Fran tapó el micrófono con la mano y dirigió una angustiosa

mirada a Manston.

—Es un médico de Eugene que pregunta por papá. ¿Qué hago?

—Dile que ha partido en un largo viaje de estudios —respondió Floyd.

Fran repitió exactamente aquellas mismas palabras. Pero Haydok insistía:

—Lo siento, señorita DeLucca, pero se trata de un asunto urgente. Llame inmediatamente a su padre y dígale que se comunique en seguida conmigo. El sabe mi número de teléfono y su llamada me será pasada en cuanto se produzca —especificó.

Fran se mordió los labios.

—No puedo hacer tal cosa, doctor, ignoro dónde se encuentra mi padre —respondió.

Se produjo una pausa.

Y luego sonó otra vez la voz del doctor Haydok:

—Lamento tener que ser tan claro, señorita DeLucca, pero es de vital importancia que me comunique urgentemente con su padre.

—¿Urgentemente? ¿Por qué motivo?

—Dígame, ¿el profesor no le habló de su visita al hospital Roosevelt?

—Sí, tengo idea de que hizo una visita al hospital, hace algo más de un mes. Tengo entendido que quería someterse a un chequeo rutinario —explicó Fran.

—No era ningún chequeo rutinario, señorita DeLucca. Y, créame, no le hablaría con tanta crudeza de no ser absoluta mente necesario.

—Dígame —suplicó Fran, con un leve jadeo.

—Su padre se sometió voluntariamente a unas pruebas muy específicas. ¿Sabe qué es una biopsia?

—Sí, aproximadamente.

—Su padre venía experimentando cólicos y otros malestares desde hace varios meses. Asistió a mi consulta y yo le sugerí que se sometiera a unos análisis. El resultado de los análisis me animó a someterle a otras pruebas. Pruebas oncológicas.

—¿Cáncer? —preguntó Fran con un hilo de voz.

—Si. Su padre tiene un cáncer de páncreas. Su caso no es desesperado. Se encuentra en el momento oportuno para que le sea extirpado el páncreas. No es nada del otro mundo: hay miles de personas que viven sin páncreas. Pero la intervención quirúrgica hay que realizarla *ahora.*

—¿Por qué ahora? —susurró la joven, muy pálida.

—Porque si no extirpamos esa víscera dañada el mal podría extenderse a otros órganos. Y entonces la situación pasaría a ser gravísima.

Haydok dejó que las nociones que acababa de exponer fueran asimiladas por Fran y luego añadió:

—Señorita DeLucca, tiene que prometerme que hará lo imposible por averiguar el paradero de su padre y hacerle volver inmediatamente. Llámeme mañana a primera hora al hospital. Mi número está en la guía, por si no me encontrase allí. Siento haberla intranquilizado. Buenas noches.

—Buenas noches, doctor Haydok —replicó Fran en un susurro apenas audible.

—No se desanime, por favor. El caso de su padre no es desesperado. Sólo tenemos que encontrarle y operarle. Tranquilícese. Hasta mañana.

La comunicación se interrumpió. Fran prorrumpió en un gemido.

—¡Dios mío...! —murmuró, acongojada.

Floyd la tomó en sus brazos, la oprimió cariñosamente y rozó sus labios con la frente sudorosa de la joven.

—Ten confianza. Todo se solucionará... ¡Tiene que solucionarse! —exclamó, con un trémolo de rabia en la voz.

Fran se dejó caer en un diván próximo. Su corazón tenía un ritmo muy rápido y sus sienes latían dolorosamente.

—No tenía ni idea... Papá debía sospechar algo y calló a propósito para no alarmarme. Y ahora...

Se cubrió el rostro con las manos y sollozó amargamente.

Vivamente impresionado y traspasado de ternura, Floyd se sentó junto a ella y la abrazó por los hombros.

Fran separó las manos de su rostro. Sus párpados estaban enrojecidos y sus mejillas húmedas de lágrimas.

—Dime, Floyd, ¿qué vamos a hacer ahora? Papá ha desaparecido y el doctor Haydok tiene que operarle rápidamente para salvarle la vida. ¿Qué podemos hacer? —repitió, desalentada.

—Calma. Ya se nos ocurrirá algo. A tu padre no puede sucederle nada malo. Patrick DeLucca es un hombre bueno, una persona honrada, generosa y noble. ¡Estoy seguro de que todo se arreglará!

Fran le miró, esperanzada.

Pero la triste verdad es que Manston había pronunciado aquellas palabras para tranquilizarla. En el fondo, no creía en sus propias palabras.

Sacó cigarrillos, fumaron.

Fran aspiraba el humo con ansiedad y se retorcía nerviosamente las manos.

Para distraerla, Floyd dijo:

—Hay cosas... pasajes de esa grabación de tu padre que me llaman poderosamente la atención.

—¿Qué pasajes en particular?

—Cuando se refiere a *ellos,* el profesor alude a su aspecto, pero añade: *«No quiero hablarte de ello ahora.»* Esto parece dar a entender que tu padre pensaba darte otras explicaciones posteriores, ¿no crees?

—Eso es lo que podría deducirse, en efecto. Pero terminó despidiéndose de mí, sin añadir nada más.

—Hay otra frase enigmática. O al menos, yo no la entiendo.

—¿Cuál es?

—Dice: «Si me es posible, pienso hacerte llegar una señal.» ¿A qué se referiría?

Fran se encogió de hombros, indecisa.

Fue en aquel momento cuando se produjo lo que ellos interpretarían como una *señal*.

De repente, un fulgor vivísimo penetró a través de las ventanas, como si el orden de las cosas se hubiera trastocado bruscamente y acabase de amanecer a ritmo de vértigo.

—¡Mira eso! —exclamó Floyd.

Y se incorporó de un brinco.

Las cortinas de la gran cristalera del salón estaban echadas, a pesar de lo cual la fuerte y blanca luz traspasaba el denso tejido e iluminaba la estancia totalmente.

—Debe ser una aurora boreal, un meteoro de naturaleza desconocida —murmuró Manston.

A la carrera, abandonó el salón y salió al exterior. Fran dejó escapar un gritito y fue raudamente en pos de él.

El cielo brillaba esplendente con un fulgor blanco-azulado. La luz parecía brotar del confín del horizonte, del suelo, del firmamento y de todas partes al mismo tiempo.

Unos pájaros revolotearon en el soto próximo y se oyeron unos trinos en la espesura.

Y luego, tan bruscamente como había surgido, el fenómeno terminó. Ambos jóvenes se vieron de improviso rodeados de tinieblas.

Desconcertados, giraron en redondo. Arriba, en el terciopelo negro de la noche, se veían titilar las estrellas.

Cuando volvieron, vacilantes, al *cottage*, las luces eléctricas de la casa le parecieron mortecinas, apagadas.

—Es sorprendente —clamó Floyd—. Ese vivísimo fulgor debió dejarnos ciegos. Y sin embargo, podemos ver perfectamente, aunque las luces de la casa parezcan pálidas en comparación con la esplendente claridad que nos

deslumbró hace un momento.

—Ve —dijo Fran. Y le tomó por una mano y le arrastró hasta el mueble donde estaba el teléfono.

La vio hojear apresuradamente la guía telefónica y marcar apresuradamente un número

Y un momento después:

—¿Observatorio Astronómico de Mount Ermott? Soy Fran DeLucca, la hija del profesor DeLucca. Quisiera hacerles una consulta.

—Conozco a su padre, señorita DeLucca. Yo soy el ingeniero Edgar Williamson. Qué clase de consulta quería hacerme?

—Me gustaría saber si se ha producido algún fenómeno luminoso hace unos cinco minutos.

—No tengo ninguna noticia —respondió Williamson—. ¿A qué área se refiere específicamente?

—A la zona que rodea el Summer Lake.

—Espere un momento, por favor.

Un minuto más tarde volvía a oírse la voz de Edgar Williamson:

—No hay ningún informe sobre un fenómeno de ese tipo, señorita DeLucca. Acabo de consultar la terminal de datos, adonde llega toda la información de los distintos observatorios del estado. Y le aseguro que esta información nos llega en el plazo de unos segundos. Me siento intrigado. ¿Por qué le interesa esta cuestión?

—Nada importante, señor Williamson. Vi un fuerte resplandor en el cielo, pero he debido engañarme. Lo más probable es que fueran unos cohetes. Hay algunos campamentos juveniles en las proximidades. O tal vez una bengala de señales. Siento haberle molestado.

—No fue ninguna molestia, señorita DeLucca.

—Mil gracias. Buenas noches —deseó Fran. Y colgó.

Ella y Manston se contemplaron fijamente, absortos.

—Ahora estoy plenamente segura que fue la señal que anunció papá, Floyd. Lo más probable es que muy pocas personas vieran ese raro fenómeno luminoso. Sé que papá está vivo, pero necesito hacerle volver. ¿Cómo podría comunicarme con él?

Floyd Manston se volvió de espaldas. No tenía ninguna respuesta.

CAPITULO VII

Acababan de cenar. Eran las once de la noche.

Floyd había conectado el televisor y fumaba un cigarrillo, distraído. Fran paseaba lentamente de un extremo a otro del salón.

Ella rezaba para sí:

—¡Vuelve, papá, vuelve! Es preciso que te pongas en manos del doctor Haydok. Es urgente que te sometas a una delicada intervención quirúrgica. ¡Por amor de Dios, donde quieras que estés, vuelve, papá...!

Por su parte, el profesor Floyd Manston pensaba:

«Debí hablarle de esas monstruosas huellas impresas sobre el piso del garaje y del gimnasio. ¿Qué puedo conseguir ocultándoselo? Ella debe conocer la verdad, tener los ojos bien abiertos, de modo que no se aferre a vanas ilusiones.»

Pero no se atrevía. No quería hacerla sufrir más, no deseaba por nada del mundo conturbar el ánimo de la mujer a la que ya amaba apasionadamente.

Todo era un cúmulo de misterios, de fenómenos y de circunstancias embrolladas. La aparición esporádica del OVNI que visitaba el lago Summer, la ávida atención del profesor DeLucca, su misteriosa desaparición, el incendio en el bosque, la desaparición —¿el robo?— de dos caballos del establo, el mensaje que Patrick DeLucca había dejado grabado en una cinta magnetofónica, las descomunales huellas sobre el pavimento, el insólito meteoro luminoso no registrado por ningún observatorio...

Pensando en todo ello, Floyd Manston dedicó un pensamiento para su madre, que estaría inquieta en su casita de Glendale. Y así se quedó dormido sin advertirlo.

Fran le oyó respirar acompasadamente, se detuvo para mirarle y sonrió comprensiva al comprobar que Floyd se

había quedado profundamente dormido.

Se sentó junto a él con cuidado para no despertarle y acarició, amorosa, sus cabellos rubios.

«¡Qué tonto! —pensó—. Todavía no se ha atrevido a decirme *te quiero.* Y sin embargo, yo sé que él me ama, tanto como yo a él. Papá fue clarividente en esta cuestión. Como en otras cuestiones.»

Contempló sin interés un espacio informativo. Reagan despotricaba contra los soviéticos y exponía alambicados argumentos que aconsejaban el rearme inmediato e intensivo. No importaba... Al día siguiente, sería Gromyko, o quizá Andropov, quien despotricase contra el presidente norteamericano.

Al informativo, sucedió una insulsa película sentimental. ¡Qué lejos el cine de la realidad...!

Aburrida, se levantó a buscar cigarrillos y paseó un rato por el salón. Luego volvió junto a Floyd, que dormía inquieto, estremeciéndose levemente de cuando en cuando.

—Está tan preocupado como yo —preguntó—. O todavía más. Por eso le amo, quizá.

Terminó el cigarrillo. Durante dos horas dormitó, paseó y fumó. No podía conciliar el sueño sino durante unos minutos.

Cambió de canal y seleccionó una película de humor. Pero no sentía la menor tentación de reír.

Volvía a fumar un cigarrillo, cuando advirtió que el televisor permanecía en silencio.

Miró entonces la pantalla y... enmudeció.

Pellizcó el brazo de Floyd, que despertó de un brinco, espantado.

—¡Mira eso, Floyd! ¡Dime que estás viendo lo mismo que yo! —chilló.

Manston se agitó, asustado.

Miró hacia el televisor y quedó petrificado.

Desde la pantalla, el profesor DeLucca le sonreía

abiertamente.

—¡Es papá, Floyd, es papá! —gritaba Fran, fuera de sí.

Era Patrick DeLucca.

Permanecía en pie, sobre un fondo azul oscuro y agitaba una mano en alto en señal de saludo.

Llevaba puesto el mismo pantalón que Fran le viera vestir por última vez, la misma camisa azul cuyo cuello asomaba por encima del suéter de lana celeste.

Pero no se oía su voz, no brotaba el menor sonido de los altavoces del televisor. Súbitamente, su imagen se esfumó y apareció el gato Tom persiguiendo al ratón Jerry.

Fran volvió a pellizcar a Floyd en el brazo.

—¡Dime que no ha sido un sueño, convénceme de que no he sufrido una alucinación! —suplicó, tan excitada que apretaba la carne de Manston hasta hacerle brotar la sangre.

Floyd la miró fijamente, luego miró a la pantalla.

—He visto a Patrick DeLucca, puedo jurártelo. Pero por favor, deja de pellizcarme el brazo. Me estás hincando las uñas en la carne —respondió el hombre.

—¿Y entonces...?

La pregunta quedó flotando entre los dos.

—Era *su* imagen —puntualizó Manston—. Pero eso puede tener una explicación. Quizá en la emisora de la NBC sepan explicarlo.

Se incorporó ágilmente y fue al teléfono. Fran aguardaba expectante, casi histérica. No se atrevía a moverse del diván, no quería escuchar la conversación que Floyd mantenía a través del teléfono.

Luego volvió él. Tenía una rara expresión en sus facciones juveniles y atezadas por el sol.

—Ni siquiera conocen al profesor DeLucca —dijo Floyd, parpadeando nerviosamente—. No, no han incluido ningunas imágenes ajenas al programa de dibujos animados.

Se dejó caer sobre el diván, muy cerca de la mujer y suspiró:

—Ahora ya sabemos a qué atenernos. *Ellos* poseen poderes que escapan a nuestra comprensión. Tu padre ha cumplido su palabra. Dijo que intentaría enviarnos alguna señal. Nos ha enviado dos, pues ésta es la segunda.

Se rascó furiosamente la nuca y miró a Fran.

—No lo entiendo, pero han conseguido interferir la emisión normal de la NBC e incluir las imágenes de tu padre. No voy a decir que pareciera infeliz. Y su gesto de saludo iba dirigido a ti, a nosotros, es evidente.

Fran tembló.

—Entonces... ¡aún tenemos esperanzas, Floyd! —exclamó, más animada.

—Pues ¡claro! Que no entendamos lo que está ocurriendo, no quiere decir que todo esto no tenga un cierto sentido.

Sacó un largo cigarrillo de un arrugado paquete y lo encendió, excitado. Luego se puso en pie de improviso y caminó veloz.

—¿Adónde vas? —le gritó la muchacha.

—¡Al estudio! Quiero volver a escuchar esa cinta. Ya he dormido bastante. Ahora quiero investigar, dentro de lo que esté a mi alcance —respondió.

Fran le siguió en seguida. Floyd sacó el magnetófono del profesor DeLucca de un cajón, extrajo la cassette, la examinó y la volvió a introducir en su alojamiento. Luego pulsó la tecla de reproducción.

—Te has equivocado —le advirtió ella—. La grabación del mensaje está en la cara «A». Tú has puesto la cara «B».

Ya iba Manston a rectificar la posición del estuche magnetofónico, cuando se escuchó un rumor apagado.

—¡Espera! —exclamó él. Y elevó el dial del volumen.

En seguida se oyó la familiar voz del profesor DeLucca.

Querida Fran:

Esto es un apéndice a mi anterior grabación.

Olvidé aclararte algunas cosas, cuyo descubrimiento podría alarmarte e intranquilizarte.

Seguramente habrás notado la ausencia de nuestros caballos. Pues bien, no debes preocuparte. Ellos me han pedido que les regale a «Sansón» y «Dalila» y yo he accedido, aunque sé que esto te causará cierta desazón, pero al fin comprenderás que no podía negarme a la petición de mis amigos. Ellos me demostraron un gran interés por poseer nuestros dos caballos. No se trata de un capricho, pues lo que pretenden es estudiar a nuestros dos animales como especímenes desconocidos absolutamente para ellos.

Antes de marchar, me asalta una duda: ¿no pensarás que me he vuelto loco? Los acontecimientos en que me veo envuelto, mi próxima desaparición, las declaraciones que te hago confidencialmente en estas grabaciones… son tan insólitas que cualquier persona normal sospecharía de mi desequilibrio mental.

Tras reflexionar sobre estas dudas mías, he pensado que lo más adecuado es ofrecerte una prueba de mi salud mental. Y para ello, nada mejor que unas imágenes. Pero antes he de explicarte algo: en uno de mis encuentros con ellos, yo me sentía tan excitado que fumaba un cigarrillo tras otro. Uno de ellos, arrojado al suelo inadvertidamente, debió prender el pasto del bosque y en seguida brotaron las llamas, que se propagaron a los pinos.

Uno de mis amigos, Baruk-Oo, se asustó mucho al contemplar el fuego y huyó tan desordenadamente pendiente abajo que se hirió gravemente. Como te decía en mi anterior grabación, trasladé a Baruk-Oo a casa, le atendí como mejor supe y luego llamé por teléfono para dar la alarma del fuego.

Durante las horas que Baruk-Oo permaneció en casa, yo grabé algunas secuencias en video.

Esta es, pues, la prueba de que no estoy loco.

Confía en mí. Sé que voy a emprender una experiencia inolvidable.

Te abraza conmovido.

Tu padre.

Ensimismados, dejaron que la cinta siguiera corriendo en su alojamiento, hasta que el leve pitido automático les avisó de que había llegado a su fin.

Luego Manston oprimió, nervioso, un brazo de la joven.

—¡Baruk-Oo! —exclamó—. ¡Qué nombre tan exótico!

—Si —murmuró Fran, absorta—. Y el incidente que papá relata coincide plenamente con lo que Harmand nos contó. Y, con lo que nosotros hemos visto: una gran franja del bosque quemada.

Floy la miró a los ojos.

—Fran, tenemos que examinar esa grabación de video —dijo.

La joven hinchó sus pulmones de aire y sus senos se perfilaron atractivamente bajo el tejido de tricot.

Ella tardó en responder.

Estoy ansiosa, Floyd —dijo —¿Pero ¿tú crees que estamos preparados para contemplar las imágenes que papá tuvo la precaución de grabar?

CAPITULO VIII

Floyd se alzó del diván impulsivamente.

—¡No lo sé! —exclamó, irritado—. Es posible que nos impresionen intensamente esas imágenes —gesticuló—. Pero ¿tú piensas que ahora, que sabemos que esa grabación de video existe, podríamos reprimir nuestra ansia por verla?

Fran, se alisó, trémula, la falda.

—Tienes razón: yo estoy en vilo. Hemos de afrontar las sensaciones que recibimos, tomarnos las cosas con serenidad, disponernos a ver… algo que jamás habrán visto ojos humanos.

Se puso en pie repentinamente y exclamó:

—Voy a buscar esa grabación.

Pero el grito de Manston la detuvo.

—¡Espera!

Fran se volvió, desconcertada.

—¿Qué te ocurre?

—Ven. Antes… debo explicarte algo.

Fran se acercó a él y le contempló con interés.

—Habla, di.

—¿Te acuerdas de las manchas que encontré en el piso del garaje? Tenían forma de pie… De un extraño y monstruoso pie, con tres dedos. Por eso te pedí la llave del gimnasio: las huellas se dirigían hacia allí. Entré y vi otras huellas, muy distanciadas entre sí. Había unos caballetes arrimados a la pared, formando un largo estrado cubierto con viejas mantas —relató Floyd, apoyadas sus manos sobre los hombros de la mujer—. Había unas manchas. Parecía sangre seca.

Una vibración repentina recorrió la epidermis de Fran bajo los dedos de Manston. Su respiración se aceleró.

—Crees… crees que papá llevó allí a Baruk-Oo —era una afirmación más que una pregunta.

—Sí. Ahora estoy seguro. No te dije nada para no alarmarte. Pero ahora…

Hubo una pausa. Fran se mordía el labio inferior.

—¡No importa! —decidió—. Prefiero recibir un susto a afrontar la angustia de la incertidumbre.

Corrió hacia el otro extremo del estudio, abrió una vitrina y volvió con el video. Con manos inseguras, abrió la tapa y extrajo el cartucho compacto.

—Debe ser éste —dijo a Floyd—. ¡Vamos al salón!

Corrieron hacia allá, excitados y jadeantes.

Fran enchufó el video al televisor, conectó el aparato a la red e hizo una prueba. La pantalla del televisor se encendió, pero no aparecieron imágenes.

—Hay que rebobinar la cinta. Papá no tuvo tiempo de hacerlo —jadeó la joven. Y pulsó una tecla.

Luego miró fugazmente a Manston y exclamó:

—¡Ahora!

La pantalla del televisor ofreció una vista de la casi vacía nave del futuro gimnasio. Y luego aparecieron unos pies…

¡Fueron *esos pies* los que dejaron las huellas sobre el pavimento! —exclamó Floyd, sofocado.

Unos pies enormes, desnudos, de color marrón oscuro, semejantes al color de la piel de los negros africanos puros.

Y unas piernas. Delgadas, fibrosas, tan largas que el objetivo de la cámara no podía ofrecer la imagen en toda su amplitud.

En seguida, el profesor DeLucca apareció en pantalla. Agarraba una mano, larga y de delgados dedos. *Sólo tres dedos.*

—Ese debe ser… Baruk Oo —siseó Fran con un hilo de voz.

Las dos figuras se alejaban hacia aquella especie de estrado

situado junto al muro más alejado.

Y a medida que se alejaban, los ojos de ambos jóvenes se iban dilatando más y más.

—¡Es… es enorme! —susurró Fran.

Era colosal.

Su figura era humanoide, desproporcionada. Debería medir algo más de tres metros. Sus brazos eran tan largos como sus piernas y su tronco alargado y estrecho. La cabeza, por el contrario, era enorme en comparación con la extraordinaria esbeltez y parvedad del resto del cuerpo.

Largos y lacios cabellos plateados colgaban sobre su espalda y cubrían sus hombros.

El profesor DeLucca le guiaba con infinita delicadeza y cuidado.

Los pies de aquel ser extraordinario iban dejando huellas rojizas sobre el pavimento cada tres metros.

Luego Baruk-Oo se volvió y se dejó caer flojamente sobre el estrado. Este simple gesto supuso todo un espectáculo. Fue… como la caída de una jirafa abatida por el certero disparo de un experto cazador, como una torre que se desploma súbitamente.

Sus facciones fueron claramente visibles entonces. Eran unas facciones *humanas.*

Un rostro fuertemente pigmentado, de frente muy amplia, arcos superciliares increíblemente sobresalientes, ojos hundidos, sin pestañas… Ojos tan transparentes como el agua, de indefinible coloración. Y una nariz egipcia, fina, delgada, labios nilotas, mentón puntiagudo…

Los ojos ocupaban la mitad superior del rostro y parecían estáticos, a pesar de lo cual eran increíblemente expresivos, dulces y tiernos.

Fran se volvió fugazmente hacia Manston. Pero su compañero permanecía absorto en las imágenes. Ni siquiera pestañeaba.

El profesor gesticulaba. No se oía nada, aunque

anteriormente se había escuchado el sordo rumor de un jadeo profundo.

Baruk-Oo se recostó lentamente en el estrado, siempre con la solícita ayuda del profesor, que parecía muy afectado y nervioso.

Así pudieron descubrir una herida alargada en el esquelético tórax de aquel insólito gigante. Una herida que aún seguía sangrando.

—¡Floyd! —exclamó Fran—. ¿Sientes lo mismo que yo? ¡No tengo miedo!

—Tampoco yo. Sólo me siento... asombrado, estupefacto, profundamente interesado —respondió su compañero.

El profesor DeLucca desapareció. Pero volvió a aparecer en seguida. Llevaba en sus manos el maletín de primeros auxilios que Manston había visto numerosas veces en el cuarto de baño del *cottage*.

Vieron cómo lo abría con movimientos rápidos y nerviosos y aplicaba algodones y gasas a la herida de Baruk-Oo. Durante largos minutos, el profesor DeLucca permaneció junto al herido, desinfectando, vendando, curando la enorme herida del tórax.

Al fin, la silueta del profesor avanzó hacia la cámara y la pantalla del televisor se oscureció durante unos segundos.

Pero nuevamente surgieron imágenes. Patrick DeLucca, dándoles la espalda, hacia el estrado. Allí estaba Baruk-Oo, cuyos largos cabellos de un metro de longitud, caían desparramados hasta rozar el suelo.

DeLucca y el gigante se contemplaban fijamente, inmóviles y silenciosos.

¿Hablaban, se comunicaban entre sí...?

Así debía ser, pues en seguida, el profesor tomó una de aquellas larguísimas manos de tres dedos y Baruk-Oo se irguió espectacularmente, con facilidad.

Pudieron apreciar que en su pecho apenas quedaba una cicatriz que destacaba como un trazo blanquecino sobre la piel negra.

Baruk-Oo se incorporó sobre sus largas y delgadas piernas y su cabeza casi rozó el alto techo.

Luego, majestuosamente, dio un paso adelante, y otro.

Patrick DeLucca caminaba a su lado. ¡Parecía un pigmeo, a pesar de su metro ochenta centímetros…!

Lentamente, las dos figuras avanzaron hacia la pantalla y desaparecieron. La pantalla del televisor quedó en blanco.

En el gran salón del *cottage* se hizo el silencio.

Al cabo, Fran avanzo unos pasos y desconecto el conjunto video-televisor.

Miró a Floyd con ojos húmedos y dijo:

—Cariño; empiezo a creer que todos los prodigios son posibles.

Manston no dijo nada. Tenía un nudo en la garganta.

Luego, de repente:

—Rebobina la cinta y empieza otra vez. ¡Tengo que verlo todo de nuevo! —exclamó. Y ella obedeció.

Durante otros treinta y cinco minutos permanecieron sin pestañear ante el televisor. Cuando la grabación terminó, Floyd se rascó furiosamente la nuca.

—Esto es auténtico —dijo—. Me refiero a la grabación. Nadie podría trucar unas escenas así.

—Pero… ¿es que acaso has llegado a dudar de que papá quisiera burlarse de nosotros cuando nos indicó la existencia de la grabación? —exclamó Fran, enojada.

Manston se explicó con torpeza:

—Bueno… En el cine hacen cosas sorprendentes. Trucos, efectos especiales… ¿no les llaman así? Hace unas semanas vi la película *«E. T. Extraterrestre»*, de Spielberg. ¡Aquel alienígena parecía tan real…! Pero sólo era un muñeco articulado, producto de la fantasía de un especialista del cine —dijo.

—¡Floyd! —gritó la joven—. ¡Mi padre no es un farsante!

Nunca tuvo vocación de comediante, ¿entiendes?

—Cálmate, por favor. ¿No comprendes mi estado de ánimo?

Se dejó caer en un sillón y añadió:

—Hasta ahora, el tema del mundo del exterior sólo era para mí una bonita fantasía. Fíjate, Fran, yo incluso *deseaba creer*. Pero para mí, la posibilidad de la vida en otros mundos y la existencia de otros seres fuera de la Tierra, resultaba remota, como algo que sólo cobra vida en los sueños, ¿comprendes? —se excitó—. Y ahora, bruscamente, tengo una prueba palpable de que no se trata de conjeturas ni de fantasías: hay vida fuera de la tierra.

Se mesó nerviosamente los lacios cabellos rubios y dijo:

—He sufrido un *shock* psíquico. Y me siento desconcertado.

Fran llegó hasta él y le acarició el cuello.

—Lo comprendo. Yo también he recibido esa especie de choque mental. Sólo que... ahora, inexplicablemente, me siento más tranquila. Ahora sé *dónde* está mi padre. Y espero que no le ocurra ningún mal.

—Eres una mujer admirable —dijo Floyd, mirándola encandilado—. Sí, todo terminará bien. Lo deseo de todo corazón.

Fran miró su relojito de pulsera.

—Floyd... ¡son las tres de la madrugada! —se asombró—. ¿Por qué no nos vamos a acostar?

—Tienes razón. Yo estoy derrengado: el viaje, tus noticias, los insólitos acontecimientos de la jornada... Intentemos descansar. ¡Quién sabe lo que nos deparará el nuevo día! —respondió.

En el pasillo, Fran le besó en los labios. Y Floyd respondió apasionadamente a la caricia.

No deseaba separarse en aquel momento de la mujer por nada del mundo. En otras circunstancias, y estando ambos a solas en el apartado *cottage*, sería muy probable que las cosas acabasen complicándose. Pero ahora...

Se separó sin ganas de Fran, le deseó buenas noches y empujó la puerta de la acogedora habitación de invitados.

Abrió su maletín, sacó el pijama y se desnudó. Un momento después estaba entre las frescas sábanas.

Pensó en Patrick DeLucca.

—¿A través de qué extrañas sendas caminas ahora, viejo amigo? —murmuró, emocionado.

Hizo un esfuerzo por dormirse, pero no era fácil.

Sus pensamientos estaban ahora con Fran. Turbadoras imágenes acudían a su mente. Le parecía estar viendo a la muchacha, allá, en el remanso de Summer Lake, nadando a largas brazadas y… con los prietos, redondos y turgentes senos desnudos.

Sentía una excitación sexual intensa, y esto le disgustaba profundamente.

Contuvo la respiración. Le parecía haber escuchado un leve chirrido.

—¿Fran? —susurró.

—Soy yo —respondió la joven, en las tinieblas.

—¿Qué quieres?

—Ven a mi cama. Te necesito —siseó Fran.

Se enardeció. Apartó la ropa de cama, se incorporó y fue tanteando las paredes hasta el pasillo.

—¿Fran? —murmuró desde la puerta.

—Estoy aquí, acércate. Siento un extraño desasosiego y necesito tu compañía.

El hombre avanzó en la oscuridad y avanzó las manos, que Fran tomó entre las suyas.

—Te necesito y te amo, Floyd. Tómame en tus brazos...

¡Te deseo! —susurró ella con voz ardiente.

Y ambos se unieron bajo las sábanas.

Fuera, el firmamento comenzaba a cubrirse de densos nubarrones. La húmeda brisa presagiaba lluvia.

CAPITULO IX

Diluviaba.

La verdad es que había comenzado a llover hacia las cuatro de la mañana, pero Fran DeLucca y Floyd Manston estaban ya profundamente dormidos. Prietamente abrazados y felices, no percibieron el fuerte rumor de la lluvia.

Fran fue la primera en despertar. Se desperezó como una gatita, bostezó y... miró asombrada al hombre que estaba a su lado.

Sonrió con dulzura y acarició los cabellos de Manston.

—Eres... una verdadera delicia —murmuró, apasionada.

Se alzó, desnuda, y corrió al cuarto de baño. Poco después estaba en la cocina, preparando el desayuno.

Mientras el café salía de la cafetera, descorrió el visillo y contempló el exterior durante unos minutos. Llovía torrencialmente. Ráfagas de viento huracanado agitaban la línea de alerces que limitaba el jardín de los DeLucca. La visibilidad era nula a más de cincuenta metros de distancia.

«¡Vaya tiempecito! —pensó Fran—. Ayer quemaba el sol, hoy diluvia.»

Contempló todavía durante unos minutos los riachuelos que descendían veloces desde el otero en que estaba construida la casa hasta el camino, y luego dedicó toda su atención a la cafetera, que arrojaba ya un chorrito de vapor por el grifo.

Fue a despertar a Floyd.

Este dirigió una mirada desconcertada a su alrededor, miró a Fran, sonrió y la besó tiernamente.

—Gracias, amor mío —dijo.

Se vistió el pijama, se puso un batín del profesor DeLucca y acompañó a la joven a la cocina. El desayuno, abundante y

variado, estaba servido en la mesa.

—¿Sabes? —exclamó él, de pronto—. He tenido una extraña pesadilla.

—Cuéntamela —exigió ella, mimosa,

—Soñé con caballos. Una yegua de fino pelaje dorado...

—¡«Dalila»! —exclamó Fran.

—Una yegua de pelaje dorado estaba a punto de parir —siguió Manston.

—Es lógico: «Dalila» está preñada de cuatro meses —afirmó la joven.

—Lo más extraño es que la yegua tenía dos potrillos. Preciosos. Uno de ellos era dorado, con manchas negras. El otro, todo lo contrario: negro con manchas doradas.

Fran empezó a reír, pero en seguida se quedó seria.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué has enmudecido? —preguntó Floyd, cariñoso.

—Me siento feliz, cariño mío. Y al mismo tiempo hondamente preocupada —confesó ella—. De repente, he recordado al doctor Haydok. No puedo olvidar su... ultimátum.

Floyd asintió. Y, de pronto, ya no siguió adelante con el suculento desayuno.

Se marchó al cuarto de baño y volvió en seguida.

—Llueve sin parar —dijo—, ¡Qué extraño! Esto parece un temporal de lluvias ¡Y estamos a veintiocho de mayo...!

—Sí. Ha bajado mucho la temperatura. Tendremos que ponernos ropas de abrigo —asintió ella.

Floyd le acarició una mejilla.

—Me siento como un león en la jaula. ¿Por qué no cogemos la camioneta y vamos a dar un paseo al lago? —planteó el hombre—. El Longstone River debe ser todo un espectáculo, en cuanto llegue la riada.

—¡ No hables de riadas! —exclamó ella, medrosa—. Hace unos tres años, el lago creció tanto que las aguas llegaron a unos cien metros de nuestra casa. Durante la noche, papá salía e iba hincando palitos en la tierra húmeda para señalar la progresión de las aguas. Llegué a temer que la inundación nos aislaría dentro de esta casa...!

—¿No te apetece salir, entonces?

—Sí. No es fácil aguantar aquí, sintiendo como se van tensando los nervios —respondió Fran.

Salieron poco después. Pero antes, Fran obligó a Floyd a ponerse botas, un pantalón impermeable y un chaquetón de su padre, muy abrigado.

Floyd estaba vaciando los bolsillos de su chaqueta de *tweed,* cuando Fran vio aquel extraño disco azul, que el joven acababa de sacar de uno de sus bolsillos.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. Parece un botón ...o algo parecido. Lo encontré en el piso de la camioneta. No he vuelto a acordarme de este extraño disco metálico.

Fran lo tomó en su mano y exclamó:

—¡Pesa muchísimo!

—Sí. Parece un metal muy resistente.

Fran dio media vuelta y corrió a la cocina. Volvió en seguida, los ojos muy abiertos, asombrada, perpleja.

—¡ Pesa ciento cincuenta gramos! ¿Te das cuenta? Mucho más que si fuera de plomo. He tratado de rascarlo con un cuchillo, pero la punta del cuchillo se ha doblado. ¿Qué extraño metal será este? ¿Qué significado tiene? Que yo sepa, este objeto no pertenece a papá, ni a mí, por supuesto.

—Olvídalo —respondió Floyd, tomándolo de su mano y echándoselo al bolsillo—. Ya tendremos oportunidad de consultar a un experto.

El viento les empujó con fuerza cuando salieron al exterior. Tan fuerte que tuvieron que caminar inclinados hacia adelante para conseguir llegar al garaje.

Cuando levantaron el portón, la lluvia penetró a ráfagas en el garaje. Subieron al coche y Floyd puso el motor en marcha.

—Ten cuidado —le recomendó ella—. Esto parece un vendaval.

Poco después viajaban en la camioneta hacia el sur.

Floyd conducía despacio, atento al camino. Los regatos habían excavado cauces en los bordes del camino compactado y de trecho en trecho hubieron de detenerse para apartar una rama desgajada por el fuerte vendaval.

Diez minutos después, Fran señalaba el Longstone River a través de un cortafuegos[1]. Las aguas se habían teñido de color chocolate claro y bajaban tumultuosas, cauce abajo. El nivel del río había crecido algo más de un metro.

—Parece que la tempestad va en serio —comentó Manston, un tanto preocupado.

—Ojala deje de llover en seguida —deseó Fran.

Siguieron adelante, muy despacio. Poco después se detenían a orillas del lago.

La crecida aún no se percibía apenas en la amplia extensión del lago, si bien era claramente visible la estela barrosa del caudal del río desaguando a medio kilómetro de allí.

Si seguía lloviendo con la misma intensidad, en pocas horas las claras aguas del Summer Lake se tornarían del color del lodo.

Fran sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta de curpiel y fumaron, abstraídos en la contemplación del lago, agitado furiosamente por rachas atemporaladas.

Fran dijo de improviso, clavando sus ojos en los de Manston:

—Sería inmensamente feliz ahora si papá estuviera aquí. Te tengo a ti, cariño, he descubierto que tú y yo somos el uno para el otro, me siento llena, pero… no seré feliz del todo hasta que papá esté con nosotros.

Y pensativa:

—No es que yo sea una muchacha *empadrada*, aunque confieso que quiero mucho a mi padre. Estoy segura de que tú y yo seríamos felices viviendo independientemente, pero ahora... sufro pensando que pueda morir. Ya sabes lo que dijo Haydok: hay que operarle urgentemente. Tienen que extirparle el páncreas. Te lo juro, Floyd, no me hubiera importado que papá emprendiera el más loco de los viajes en circunstancias normales, pero él necesita ahora asistencia médica inmediata. ¡Dios sabe lo que podría ocurrirle!

Floyd oprimió los hombros femeninos cariñosamente.

—¡Si él pudiera oírnos...! —exclamó, ferviente.

—¡Sí! Ahora recuerdo uno de los pasajes de su mensaje. Decía que, de repente, había descubierto que podía comunicarse telepáticamente con sus *amigos.* ¡Ojala tuviera yo esa facultad para enviarle un mensaje urgente a mi padre! —susurró Fran.

—¡Quién sabe! —exclamó Manston—. Todo depende de la intensidad con la que se desee una cosa.

Callaron.

Las ráfagas de furiosa lluvia azotaron ruidosamente el techo de la cabina. Los cristales comenzaban a cubrirse de vaho…

Floyd apagó su cigarrillo en el cenicero y conectó la radio del panel de instrumentos. Conectó Radio Salem y escuchó el parte meteorológico.

—...Fuertes rachas atemporaladas del Oeste. Han soplado vientos huracanados de hasta setenta kilómetros por hora, con derribo de árboles y postes telefónicos. Seguirá lloviendo a ráfagas. Se espera que este imprevisto temporal se resuelva en breve, dado lo avanzado de la primavera. Volveremos a informar a las dos de la tarde. Y ahora, nuestra habitual sección «Los radioyentes tienen la palabra»...

Se oyó una sintonía sincopada y en seguida una agradable voz femenina:

—Hoy comenzamos este espacio transmitiendo un mensaje, recibido insólitamente en nuestra emisora... precisamente a través de las ondas. Creemos que se trata de un radioaficionado, que no ha querido identificarse. Un divertido

incidente, ¿verdad, amigos? Atención, pues, a Fran DeLucca y Floyd Manston, destinatarios del mensaje…

Floyd dio un salto en el asiento. Iba a gritar algo a Fran, pero ella también había escuchado y permanecía atenta, boquiabierta.

—…Hemos grabado el mensaje de nuestro comunicante, atención, pues, Floyd Manston y Fran DeLucca…

De pronto, la voz de Patrick DeLucca resonó en el altavoz del panel:

—*«Queridos hijos: os pido que no estéis preocupados por mi causa. Llamad al doctor Haydok y decidle que mi enfermedad está curada. Convencedle de que he recibido el tratamiento adecuado. En cuanto a vosotros, Fran y Floyd, tened la seguridad de que estoy perfectamente. No ha sido preciso extirparme el páncreas, pero el mal ha desaparecido. Espero volver pronto. Os abraza, vuestro padre.*»

En seguida volvió la voz de la locutora:

—Una magnífica noticia, ¿no es cierto, Fran y Floyd? Y ahora pasamos a leer la carta de Tate Cuningham, nuestra amiga de Jeromville. Tate se queja de que no incluimos suficiente música «pop» en el programa…

Floyd apagó la radio.

Y dijo:

—Ya lo ves, ahí tienes la respuesta a tus temores.

Pero en seguida se agitó de un brinco y chilló:

—¡No es posible!

Se volvió y vio correr abundantes lágrimas por las mejillas de Fran.

—Creo que… sí es posible, Floyd. Yo estaba pidiendo con todas mis fuerzas que papá recibiera mi mensaje. Y lo ha recibido. No sé cómo ha podido ocurrir, pero así ha sido

—¡Pero…!

—Calla. Dime, si no crees, cómo podría saber papá que el doctor Haydok me llamó anoche —sugirió ella.

Manston produjo un flojo silbido a través de sus labios.

—Es verdad —respondió—. Tu padre ha insistido en que tranquilicemos a Haydok. Pero ¿cómo es posible que...?

Finalmente, se rindió a la evidencia. No comprendía, no entendía nada, pero la verdad era que Patrick DeLucca acababa de hablar con ellos.

—Volvamos a casa —propuso Fran, excitada, con un brillo nuevo en sus bonitos ojos rasgados—. Tengo que comunicarme con el doctor Haydok.

CAPITULO X

Fran estaba retirando los platos de la mesa.

—¡Cuándo terminará de llover! —exclamó, malhumorada.

A las tres de la tarde seguía lloviendo sin parar. En el informativo de las dos, un meteorólogo de la NBC había avisado que probablemente llovería durante veinticuatro horas, considerando la profundidad del frente nuboso que provenía del Pacífico.

La presa Kennedy, situada aguas arriba en el Longstone River, estaba a dos tercios de su capacidad total. El día anterior apenas contenía una décima parte de su aforo a tope.

Fran había llamado al doctor Haydok y Floyd a su madre, en Glendale.

Della Manston se había demostrado desusadamente paciente y comprensiva. Cuando Floyd le explicó a su modo las causas que le obligaban a posponer por algunos días su vuelta a casa, su madre exclamó:

—¡No te preocupes! Tía Betsy y yo estamos muy atareadas con nuestro torneo culinario. Hemos apostado veinte dólares a ver quién de las dos es capaz de preparar una buena tarta de manzanas en el plazo más corto. Nos vamos a divertir mucho.

—Me tranquiliza que te sientas tan alegre. Saluda de mi parte a tía Betsy —respondió Floyd.

De pronto, su madre hizo aquella pregunta:

—Estás muy enamorado de Fran DeLucca, ¿verdad?

—Es verdad, mamá. La quiero apasionadamente —confesó él.

En cuanto a la conversación telefónica de Fran con el doctor Humphrey Haydok, no resultó tan fácil.

Haydok no entendía la situación. Para salir del paso. Fran le

dijo que a su padre le habían operado en Houston.

El médico se enfureció. Pero cuando colgó, Fran sabía que, al menos, había logrado liberar al estupendo doctor Haydok de una grave responsabilidad. Había valido la pena mentir… para tranquilizarle.

Floyd le ayudó a fregar los platos. Cuando terminaron, ambos se fueron al salón. Funcionaba la calefacción eléctrica y la temperatura era muy agradable dentro de aquella cómoda habitación.

Conectaron el televisor. Ambos se sentían muy tranquilos y relajados. Como había dicho Manston:

—La situación se me antoja irreal, pero ahora no siento la menor preocupación.

Y a Fran le ocurría otro tanto.

Fuera, seguía diluviando sin pausa.

Desde las cuatro hasta las seis, permanecieron instalados frente al televisor, gozando con las graciosas incidencias de una película de Dean Martin y Jerry Lewis.

Luego vieron una picante película de Jayne Mansfield.

Sin proponérselo, comenzaron a excitarse. Floyd se había dejado resbalar hasta la alfombra y tenia muy cerca los torneados muslos de Fran. Y… un momento después hacían fogosamente el amor sobre la alfombra.

Cenaron temprano, con extraordinario apetito.

En el boletín informativo de las once de la noche, escucharon a un ingeniero llamado Perkins, el cual aseguró que la presa Kennedy había sido construida con todas las garantías exigibles y que, aunque el embalse estaba lleno a rebosar, resistiría perfectamente la arrolladora crecida del río Longstone

—No obstante —añadió Perkins—, los aliviaderos de la presa verterán al río una cantidad de agua ligeramente superior a la que actualmente embalsa la presa, lo que viene a significar que el curso inferior del Longstone River se incrementará en unos cuatro metros sobre su nivel ordinario. Por tanto lanzamos desde aquí un aviso urgente a los

habitantes de granjas y casas de campo situados en las cotas más bajas. Deben desalojar sus casas y ponerse a salvo. Aún hay tiempo suficiente.

El meteorólogo anunció que había que rectificar las previsiones.

—La inestabilidad se ha acentuado, lo que nos obliga a prever que el temporal de lluvia se alargará unos dos días. En Grand Pass se han registrado ochenta y dos litros por metro cuadrado, noventa y cuatro en Roseburg y ciento uno en Eugene. Damos estas tres cifras como dato indicativo. Esperemos que...

Floyd se vistió apresuradamente y miró a Fran con recelo.

—¿Y aquí? ¿Estaremos seguros? —preguntó.

Ella dejó escapar una risita.

—Claro que sí —se burló—. Nuestra casa está situada a unos veinte metros sobre el nivel del río. No hay problemas, por el momento.

Pero Floyd insistió:

—Sin embargo, tú dijiste que hace tres años hubo una riada y que el agua llegó hasta un centenar de metros de esta casa.

Le irritó la carcajada de Fran, que permanecía semidesnuda sobre la alfombra.

—Pero hace tres años no teníamos la presa Kennedy, so bobo —exclamó, risueña. Y Manston se tranquilizó.

Aquella noche se fueron a dormir temprano.

Ninguno de los dos experimentaba la menor inquietud. El insólito mensaje escuchado a través de Radio Salem había aventado las preocupaciones.

En la tibieza de la cama, los cuerpos se rozaron y el instinto se despertó, irrefrenable.

Se acariciaron tiernamente, se besaron frenéticos y se amaron apasionadamente hasta quedar exhaustos. Ni siquiera podían recordar la hora exacta en que se quedaron profundamente dormidos.

A las ocho, Floyd despertó súbitamente.

—Juraría que acabo de escuchar un toque de corneta —murmuró, todavía adormilado.

Y así era, según comprobó un momento después, cuando saltó de la cama y corrió al salón. El televisor estaba enchufado y el general Custer galopaba por los llanos de Little Big Horn a enfrentarse con un ejército de indios. De allí provenía el toque de corneta que había despertado a Floyd.

Volvió sobre sus pasos, aturdido.

Fran dormía apaciblemente, rodeando con un brazo la almohada.

—Dejémosla dormir —decidió.

Se puso el batín del profesor DeLucca y fue a la cocina. Puso agua en la cafetera, añadió una buena dosis de café molido y la conectó.

Se rascó el mentón y advirtió que su barba había crecido con exceso durante las últimas veinticuatro horas. Las cortinas del ventanal estaban descorridas y un torrente furioso corría camino adelante, sesenta metros más allá.

Floyd corrió al dormitorio y zarandeó a la dormida Fran.

—¡Despierta, despierta! —gritó—. ¡Estamos rodeados por las aguas!

—Gracias, no quiero agua ahora —farfulló Fran, adormilada.

Pero él siguió zarandeándola hasta que ella estuvo despierta por completo. Entonces la tomó por una mano y la arrastró hacia el vestíbulo. Abrieron la puerta y una ráfaga furiosa les obligó a encogerse de frío.

—¡Mira! —exclamó Floyd, ronca la voz.

Por el camino, bajaba un crecido y rugiente caudal de agua que arrastraba fardos de paja, viejos muebles rústicos y cadáveres de ovejas.

Normalmente, era imposible divisar el río desde allí, pero ahora las aguas rojizas superaban las copas de los árboles y el

Longstone River se había convertido en un sucio y amenazador océano.

Allá hacia el sur, donde concluían el camino a Silver Lake y el del lago Summer, las aguas formaban furiosos remolinos.

Todo lo que se veía alrededor del *cottage* era agua, agua y agua.

—¡Dios nos proteja! —murmuró Fran, sobrecogida. Y se retiró hacia el interior de la casa.

Floyd la miró, exangües las mejillas.

—Vamos a vestirnos. Hay que salir de aquí en seguida —decidió.

—No creo que lo consigamos.

—Hay que intentarlo. El camino hacia Silver Lake discurre cuesta arriba y su firme está compacto. Si logramos remontar esa fuerte corriente, estaremos salvados. ¡Vamos aprisa!

Fran desconectó la entrada de corriente eléctrica. Luego fueron a vestirse al dormitorio.

—¿Dejaste encendido el televisor, anoche? —preguntó él, jadeando.

—¡Por supuesto que no! Fuiste tú quien lo desconectaste.

Yo misma te vi.

—Entonces... ¿cómo es que esta mañana estaba encendido? Fue el sonido del televisor lo que me despertó —explicó Floyd.

—Quizá... quizá se trata de una nueva señal —replicó ella, pensativa—. O de un aviso. Un aviso de mi padre.

Tomaron un par de bolsas con lo más imprescindible y salieron al exterior. El agua había invadido el jardín, aunque sólo una parte estaba inundada y la profundidad apenas sería de unos centímetros.

Corrieron al garaje, bajaron el portón y subieron a la camioneta.

Un momento después Floyd conducía el vehículo al borde

del camino, invadido por una impetuosa corriente. El coche avanzó unos treinta metros y luego se atascó.

El motor se caló inmediatamente, el agua mojaba el delco.

—No te esfuerces —clamó Fran, de malísimo humor—. Salgamos de aquí antes de que la corriente arrastre la camioneta al lago.

Tuvieron que abandonar las dos bolsas y lanzarse al agua. Por fortuna, el torrente era poco profundo y en seguida alcanzaron tierra firme, allí donde crecían los robustos alerces que limitaban la propiedad del profesor DeLucca.

Todavía estaban vaciando sus botas de agua, cuando la fuerte corriente removió la camioneta, que flotó sobre las aguas, describió un giro sobre sí misma y descendió arrastrada por la corriente.

El vehículo *navegó* veloz sobre las revueltas aguas y quedó incrustado entre dos pinos en la confluencia de los dos caminos. Lo más seguro sería que nadie lograse arrancar la camioneta de allí, lo que era un consuelo, pues ambos habían temido que el coche fuera arrastrado hasta el lago por la turbulenta corriente.

—¡Buena la he hecho…! —exclamó Floyd, contrito.

—No seas tonto. Nadie hubiera logrado sacar esa camioneta de aquí: es muy baja y el motor se mojó en seguida. No es culpa tuya. Yo no lo hubiera hecho mejor —le disculpó Fran.

Entraron en la casa y cogieron unos impermeables. Chapotearon sobre los charcos del jardín y fueron a inspeccionar la parte más próxima al río.

El agua llegaba por allí a unos setenta metros —en línea recta— de la casa.

Había un gran desnivel por aquella parte y las aguas desbordadas corrían unos once metros más abajo.

—No creo que el agua llegue hasta la casa —opinó Fran, más confortada.

—Dios te oiga —replicó Floyd.

Silenciosos, contemplaron aquel mar de aguas color

chocolate rojizo. La otra orilla se perdía más allá de las copas de los árboles que emergían, aisladamente, sobre las colinas, que se habían convertido en pequeñas y frondosas islas.

La corriente era muy fuerte en el distante centro del río, pero más lenta en las orillas, donde se veían numerosos remolinos. Árboles arrancados de cuajo, troncos, ramas, desperdicios, muebles y cadáveres de animales domésticos eran rápidamente arrastrados hacia el lago por la tumultuosa corriente.

El cielo tenía un color plomizo y las nubes eran bajas y algodonosas. No había parado de llover en un solo momento.

—Volvamos. Hace frío —dijo Fran.

Cuando regresaban, advirtieron que dos torretas de la conducción eléctrica que surtían de fuerza el *cottage* estaban cubiertas por las aguas remansadas hasta más de un metro de altura.

—¡Maldita tempestad! —barbotó Floyd —. Si esto continúa así...

No se atrevió a decir lo que estaba pensando, pero era fácil imaginarlo. Si la inundación derribaba los postes de transporte eléctrico, quedarían sin luz, sin calor, sin televisión...

Conectar el televisor no fue necesario, puesto que Floyd había olvidado apagarlo. El canal 9 estaba ofreciendo un boletín informativo. El que hablaba era el ingeniero Perkins.

—...Dos grietas en la presa Kennedy. Es inexplicable, pero esto es lo que ha sucedido. Suponemos que el accidente se debe a la presión de las aguas, ya que los aliviaderos inferiores han quedado obstruidos por el lodo y las piedras. Lamentablemente, no es posible intentar limpiar estos aliviaderos, puesto que las aguas rebasan ya la parte superior de la presa...

Fran y su compañero intercambiaron una mirada de alarma.

Pero en seguida volvieron a prestar atención a las noticias. El que aparecía en pantalla ahora era Paul R. McRonald, gobernador del estado de Oregón. El expresivo rostro del gobernador estaba transido por la preocupación.

—Este es un aviso urgente para los habitantes de las poblaciones de Jeromville, Worren Gardens, Sterling, Gladwin Fíelds y Silver Lake. Y también para todos los ciudadanos que ocupan ranchos, granjas, refugios y campamentos próximos al Longstone River Abandonen ordenadamente sus casas y diríjanse a las alturas situadas al Oeste. En la carretera Treinta y Uno aguardan vehículos y ambulancias de la Guardia Nacional, de la Policía y la Cruz Roja, que les trasladarán a lugares seguros. No tomen más que lo imprescindible y no se detengan. Es de vital importancia ganar tiempo. Repito las instrucciones…

Floyd se alzó de su asiento y paseó a lo largo de la habitación terriblemente agitado.

Estaba deseando estallar, pero ¿a quién podría recriminar? Los responsables de su angustiosa situación eran los elementos, y nadie despotrica contra el viento y las tempestades.

Súbitamente se detuvo ante Fran, que ocultaba el rostro entre las manos, conturbada. .

—¿Tienes una escalera? —preguntó Manston.

—¿Una escalera? ¿Para qué?

—¡Elemental! —exclamó Floyd, impaciente—. ¡Para subirnos al tejado cuando el río llegue hasta aquí!

Fran se echó a llorar. Y él se conmovió.

—¡Vamos, vamos! —la consoló Floyd, dándole golpecitos en la espalda—. No todo está perdido. ¿Disponemos de un bote?

—No.

—¿Ni siquiera de uno de esos flotadores neumáticos para navegar por el río? — insistió.

—¡No, no, no! replicó ella, perdidos los nervios—, ¡No hay nada de eso! Papá y yo pensábamos comprar un bote con motor fuera borda para el verano. Pero ahora es tarde.

—No digas tonterías —Floyd simulaba despreocupación—. El punto más alto del tejado debe tener unos ocho metros de altura. Y el agua no llegará hasta allí.

Volvió a pasear y se detuvo.

—Además, la policía enviará helicópteros de salvamento a recorrer toda esta zona. Por otra parte, lo más probable es que Harmand, el guarda forestal, haya cursado aviso al sheriff de Silver Lake. El sabe que estamos aquí.

—O habrá supuesto que nos hemos puesto a salvo con tiempo, cualquiera sabe.

De pronto, Floyd se atizó un tortazo en plena frente.

—¡Somos unos estúpidos! Estamos perdiendo el tiempo aquí, cuando a un paso tenemos el teléfono. Bastará una llamada y...

Pero Fran no se movió del diván.

—No te molestes. Intenté utilizarlo antes de que subiésemos a la camioneta. Fue inútil: no funciona. La riada ha debido derribar la línea —respondió con voz monótona y desesperada.

De todas formas, Manston lo intentó. Descolgó y marcó, pero la respuesta no llegó. Fran tenía razón: la línea volvía a estar averiada. Y esta vez tardarían mucho en repararla.

CAPITULO XI

«No podrán volar con este tiempo —pensó Manston, contemplando los alerces azotados por furiosas ráfagas de viento. Habrá que irse haciendo a la idea de que no vendrán a buscarnos.»

Venía de echar una ojeada al río. Según apreció, el nivel del agua había ascendido un metro desde la mañana. Para poder establecer la progresión de las aguas, Floyd clavó una estaca en la orilla. Y al hacerlo, sus pies se hundieron en la mullida y fofa tierra y estuvo a punto de caer al agua.

Volvió a la casa, renegando y maldiciendo.

Pensaba a toda prisa, se estrujaba las meninges intentando hallar una solución, un sistema que les permitiera escapar de allí. Pero se sentía demasiado excitado para pensar con calma.

Había visto suficiente madera en el gimnasio. ¿Por qué no intentar construir un bote?

Por supuesto, el profesor Manston no tenía ni remota idea de cómo se construía una barca, pero estaba dispuesto a intentarlo.

Entró en la casa, se sacudió en el vestíbulo, colgó el impermeable y fue a reunirse con Fran, que seguía, excitada, las noticias de la televisión.

—¿Tienes herramientas?

—¿Para qué?

—Para construir un bote.

—¡No seas loco! Aunque lo consiguieras, cuando terminases sería demasiado tarde. La presa Kennedy se está rajando —respondió ella.

El Canal 8 ofrecía espectaculares imágenes del embalse. Las aguas rebosaban por encima de la presa, de unos sesenta metros de altura, y caían tumultuosamente al río, en medio de

torbellinos de sucia espuma y masas de vapor acuoso.

El espectáculo era dantesco. Abajo, la catarata se estrellaba contra las rocas a pie de presa y formaba turbulentas y rabiosas vorágines.

—Miles de granjeros, labriegos y excursionistas han sido rescatados por los equipos de socorro —decía la voz en *off* de un locutor—. Sin embargo, se sospecha que numerosas personas han quedado aisladas por las aguas en casas de campo y hoteles de recreo. Un equipo de expertos buceadores intentará recorrer el curso del río hasta el Summer Lake. Si el gobernador McRonald lo autoriza, estos esforzados hombres explorarán con una lancha de salvamento ambas orillas y tratarán de rescatar a los que permanecen en precarias condiciones de subsistencia. Sin embargo, aún no están seguros de recibir la autorización correspondiente. El gobernador se muestra indeciso. Teme, sin duda, que la presa acabe por abrirse y la potente riada haga naufragar la lancha de estos intrépidos servidores de la seguridad pública.

—Estamos apañados —murmuró Fran, rabiosa.

Floyd estaba en el pequeño bar situado en un rincón del salón y se servía medio vaso de whisky.

Volvió junto a Fran, encendió un cigarrillo y se bebió la mitad del licor de un trago. Ella le arrebató el vaso y bebió igualmente.

El locutor estaba hablando de nuevo, después de pasar los comerciales.

—Acabamos de saber que el gobernador McRonald está considerando la posibilidad de volar con explosivos el farallón de Richmond Gorge. Los expertos han asegurado que una fuerte carga de explosivos derribaría la cima del promontorio, que caería al cauce del río Longstone. Aquel lugar es una garganta estrecha. Varios centenares de toneladas de rocas desprendidas podrían formar una presa provisional, con lo que se evitaría que numerosas ciudades de la ribera quedasen inundadas. Volveremos a informarles a medida que vayan llegando nuevas noticias a nuestra redacción.

—Esa es una posibilidad esperanzadora —dijo Manston.

—¿Tú crees?

—Naturalmente. Tú y yo estuvimos en Richmond Gorge el verano pasado, ¿recuerdas? El cauce del río se estrecha allí, encajonado entre colosales rocas. Si un desprendimiento taponase aquel tajo, formaría una presa natural de unos cincuenta metros de altura, lo que daría un amplio margen de seguridad a los equipos de salvamento.

Floyd trajo la botella y volvió a servirse medio vaso de whisky, que compartió con la nerviosa y atribulada Fran.

Permanecieron atentos a la pantalla, que ofrecía un documental sobre los alces de Alaska. De cuando en cuando, Floyd se alzaba del asiento y marchaba a comprobar si el teléfono funcionaba. Pero volvía en seguida, sin dar ninguna explicación.

El programa se interrumpió.

—El gobernador acaba de autorizar la voladura del farallón de Richmond Gorge. Un equipo de dinamiteros volará en helicóptero hacia allá dentro de unos minutos. Por desgracia esta noticia nos induce a pensar que la presa Kennedy está a punto de reventar. Manténganse a la escucha.

Floyd jugueteaba entre los dedos con el pesado disco azul.

«Dios nos ayude —pensaba—. Yo aún mantengo el ánimo, pero Fran parece desalentada por completo. No temo tanto por mí como por ella. Sería capaz de cualquier cosa por ahorrarle esta triste situación.»

Entretanto, Fran pensaba en su padre.

—¿Dónde estará, Dios todopoderoso? Si él supiera que nos encontramos a un paso de morir ahogados...

Arrebató el disco azulado a Manston, jugueteó con él y se lo llevó a los labios, inconscientemente.

Floyd aplastó el cigarrillo en el cenicero y se puso en pie.

—¿Adonde vas? —Fran había girado hacia él súbitamente, muy inquieta.

—Quédate ahí. Voy a echar una ojeada al río —respondió el hombre.

Se puso el impermeable, se cubrió la cabeza con la capucha

y salió, empujado por el viento.

Allá, en el desmonte, la estaca que había colocado como señal no estaba a la vista. Pero la crecida del río era ostensible. Ahora el agua llegaba a unos cinco metros del nivel de la explanada donde se encontraba el *cottage*.

Se había producido un movimiento de tierras en el rellano y ahora una grieta recorría longitudinalmente la pendiente. Uno de los alerces se había inclinado diez grados hacia la corriente.

Volvió junto a Fran en el momento en que se deshacía la presa Kennedy. Los anchos muros de hormigón se resquebrajaron como si fueran de cartón y la tromba se precipitó, incontenible, al vacío.

—Es posible que aún no sea demasiado, tarde, señores —anunciaba el locutor—. Acabamos de recibir en estos momentos la noticia de que los dinamiteros vuelan ya en el helicóptero que les dejará en la cumbre de Richmond Gorge. Si llegan a tiempo de volar el farallón rocoso antes de que la tromba llegue al valle, la situación no será tan desesperada.

—Nada puede ser más desesperado —murmuró Fran, abatida.

Manston la tomó por la barbilla.

—¡Escucha! —bramó, furioso—. Algo me dice que aún no ha llegado nuestra hora. Nada está perdido mientras conservemos la vida. Y ahora, por favor, borra ese gesto compungido de tu rostro y sonríe. ¡Sonríe!

Fran obedeció. Pero su sonrisa fue vacilante y desganada.

Desde el televisor les llegó la voz excitada del locutor:

—¡Atención, atención! Tenemos una noticia importante que ofrecerles, aunque dramática y desalentadora. El helicóptero que transportaba a los dinamiteros a Richmond Gorge ha sido abatido por una ráfaga de viento. Los tres expertos en explosivos y el piloto del aparato están siendo rescatados en estos momentos. Al parecer, han resultado ilesos…

* * *

Fran había ido a buscar una escalera al cuarto de las herramientas.

Entretanto, Floyd llenaba unos sacos de plástico con ropas de abrigo, víveres, bebidas y un par de linternas.

Ya no esperaban nada. Fuera, el agua había alcanzado la línea de alerces, varios de los cuales tocaban el río con sus ramas.

El nivel llegaba a la mitad de las torretas de conducción eléctrica. Pronto, el suelo se reblandecería y los pesados postes de hormigón caerían, con lo que el suministro eléctrico quedaría cortado.

Lo único que les restaba por hacer era apoyar la escalera en el muro exterior del *cottage*, subir al tejado y esperar.

Ambos se habían puesto botas de goma de jardinero, pantalones impermeables y gruesos chaquetones.

Fran llegó a la cocina, arrastrando la escalera. Sus facciones estaban tan pálidas y demacradas que Floyd se sintió movido a compasión.

Tomó la escalera de sus manos, la abrazó y besó cálidamente y exclamó:

—¡Animo, nena! Llegarán a rescatarnos antes de que las aguas cubran la casa. Y si no vienen escaparemos a nado. He encontrado un par de viejas cámaras de neumático. Voy a inflarlas ahora mismo y nos las llevaremos al tejado, por si acaso. Ya verás, todo saldrá bien.

El forzado entusiasmo de Manston ejerció un influjo favorable en el ánimo de Fran, que se vio obligada a sonreír.

—No hay nada capaz de desmoralizarte —exclamó, admirada. Y le besó fogosamente en los labios—. Contigo iría al fin del mundo.

Floyd se separó de ella y dijo:

—Aguarda aquí. Voy a sacar la escalera.

Estaba colocándola sobre la parte más baja del tejado, cuando oyó los gritos de Fran.

Alarmado, corrió hacia la casa y ambos tropezaron en la puerta.

—¡Ven, rápido, ven! —gritó ella. Y le arrastró al salón.

Inmediatamente, Floyd comprendió la razón de su excitación.

El locutor del canal 8 gritaba más que explicaba las nuevas noticias:

Algo providencial, señoras y señores. El farallón de

Richmond Gorge acaba de desplomarse sobre el cauce del Longstone River, taponando completamente el estrecho tajo por el que discurren las aguas. La tromba procedente de la presa Kennedy, reventada como hemos informado a ustedes en el anterior boletín informativo, llegará dentro de unos minutos a la presa natural formada en la garganta de Richmond. Puede asegurarse con esto que el peligro no es inminente. Dentro de poco tal vez podamos ofrecerles imágenes de Richmond Gorge, pues uno de nuestros equipos móviles se dirige ya hacia allí...

Fran, que se mordía el labio inferior, muy tensa, dejó escapar un suspiro y apretó la mano de Floyd Manston.

—Esperemos unos minutos —dijo el hombre—. Tal vez no sea necesario que nos refugiemos en el tejado.

Se dejó caer en el diván, pero Fran permaneció en pie junto a él, erguida y tensa.

La televisión ofreció espectaculares imágenes desde los riscos de Richmond Gorge. A la luz incierta del atardecer, una enorme ola avanzó valle abajo y fue a estrellarse contra las colosales rocas que taponaban la garganta.

Las aguas retrocedieron y en pocos minutos formaron un amplísimo lago cuyas orillas se perdían en la distancia.

—Una nueva noticia para ustedes, señores y señoras telespectadores —anunciaba el locutor, con voz excitada—. Acabamos de comunicarnos con el gobernador civil, míster McRonald, quien asegura que la voladura del farallón de Richmond Gorge no se ha llevado a cabo por el equipo de dinamiteros de relevo. Un enigma, pues, que añadir a las dramáticas noticias que les venimos ofreciendo, señores.

¿Quién ha volado esas rocas con tan providencial exactitud y oportunidad? Observadores situados en las proximidades de la garganta de Richmond aseguran haber visto una vivísima luz azul en el momento en que la cima del acantilado caía sobre el tajo del río. Se especula con la posibilidad de que un rayo fuera la causa del desplome del acantilado. No obstante, el profesor Karabian del Observatorio Astronómico de Mount Ermott, a quien hemos consultado, opina que ni uno ni cien rayos hubieran podido desgajar los miles de toneladas de rocas que han caído al cauce del río Longstone. El asunto, pues, continúa en el misterio, añadiendo una incógnita a los dramáticos sucesos que se vienen produciendo en el estado de Oregón desde hace dos días...

Fran se dejó caer junto a Manston e hincó sus uñas en el brazo del hombre.

—¡Floyd! —exclamó—, ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Los ojos del hombre se clavaron en los de la joven.

—Tal vez sí. Creo que los *amigos* del profesor DeLucca son los responsables del derrumbamiento del acantilado —respondió.

Contempló, pensativo, el disco azul con el que se entretenían sus nerviosos dedos y murmuró:

—Estoy comenzando a sospechar que este chisme posee propiedades milagrosas. Si salimos de ésta, lo conservaremos para siempre, como amuleto.

CAPITULO XII

Al amanecer escucharon un grito distante.

Excitados, corrieron hacia la puerta y salieron. Había dejado de llover, pero una bruma densa flotaba sobre las aguas estancadas a pocos metros de la casa.

Al cabo de unos minutos, volvió a repetirse aquel grito. A través de la niebla vieron un trazo luminoso que recorría las aguas.

—Gritemos con todas nuestras fuerzas —propuso Manston. Y chillaron ambos hasta enronquecen

Al fin, vieron a contraluz la silueta de una lancha impulsada por una gran hélice situada a popa.

La luz potente de un foco eléctrico les deslumbró por un momento. Poco después una gran lancha se acercaba hasta el borde del agua y dos hombres que vestían capotes saltaron a tierra.

Uno de ellos era Adam Harmand, el guarda forestal.

—¡Lo suponía! —gritó, cuando llegó junto a ellos—. No he podido dormir en dos noches, temiendo que ustedes dos hubieran quedado aislados aquí. Por fortuna, la crecida empieza a ceder. Cojan lo más imprescindible y vengan con nosotros.

Fran se echó a llorar y abrazó a Harmand. Mientras el guarda forestal la ayudaba a llegar hasta la lancha, Manston cargó con dos sacos de plástico y les siguió, chapoteando sobre el lodazal.

Los dos socorristas que aguardaban a bordo les recibieron y les ayudaron a subir a la lancha. En seguida zumbó, potente, la gran hélice y la embarcación se apartó de la fangosa orilla.

Fran y Floyd se cobijaron a proa y Harmand les ofreció vasos de plástico llenos de aromático café caliente.

Cerca, los otros hombres conversaban con el piloto acerca

de la magnitud de la catástrofe.

—Sin embargo, hay algo milagroso en todo esto —intervino el solícito Harmand—. En medio de un desastre de tales proporciones, los servicios de Protección Civil no han contabilizado ni una sola víctima mortal. ¿No es milagroso?

Floyd y Fran estuvieron de acuerdo.

Bebían a pequeños sorbos el café, agradecidos por la previsión y el interés de Harmand, que había tenido en cuenta la posibilidad de que ambos hubieran sido atrapados en el *cottage* por la espantosa inundación.

De madrugada, el suministro eléctrico había cesado bruscamente. A partir de aquel momento hubieron de prescindir de la televisión y las comodidades domésticas: no disponían de calefacción, ni podían prepararse comida y bebidas calientes.

Naturalmente, la tensión les impidió dormir en toda la noche. Prietamente abrazados y arropados por unas mantas, pasaron la noche sobre el diván del salón, escuchando las noticias que les llegaban a través de un pequeño receptor de radio a transistores.

De vez en cuando, Manston abandonaba el cobijo calentito, se ponía el impermeable y la linterna y salía al exterior para comprobar las incidencias de la riada. Pero el nivel de las aguas se había estabilizado: la inundación se había detenido a unos diez metros de la casa, un metro por debajo del nivel del *cottage.*

—Ya terminó todo —susurró él ahora, al oído de Fran—. Estamos salvados.

Pero ella no dijo nada.

«Nosotros estamos fuera de peligro, pero ¿dónde estará papá?», pensaba.

Media hora después, la lancha de salvamento les depositaba en tierra firme. Estaban muy cerca de la carretera. Harmand saltó a tierra y les acompañó hasta el lugar donde aguardaba un vehículo de la Guardia Nacional.

—El coche les llevará a Lapine —advirtió el guarda forestal —. Si lo prefieren, pueden tomar el autobús hasta Eugene. El

servicio meteorológico acaba de anunciar que lo peor de la borrasca ha pasado y el tiempo mejorará a partir de ahora.

Los miró con simpatía y amistad, los empujó hacia el coche y añadió:

—En cuanto lleguen a casa, tómense un vaso de café con coñac, tráguense un par de aspirinas y métanse en la cama. Estoy seguro de que volveremos a vernos dentro de unos días. Yo debo continuar ahora con el grupo de salvamento. ¡Buena suerte!

Floyd y Fran le dieron las gracias y subieron al vehículo, que se puso en marcha poco después. Los de la Guardia Nacional les ofrecieron mantas secas y sendas bolsas de víveres.

Pero Fran DeLucca y Floyd Manston se arrebujaron en las mantas y se quedaron dormidos. Cuando llegaron a Lapine lucía un sol esplendoroso y el cielo azul estaba limpio de nubes. La borrasca se alejaba, rauda, hacia el Este.

* * *

Durante la primera semana de junio Floyd hizo un fugaz viaje a Glendale, para visitar a su madre.

Della Manston había ganado el campeonato culinario en reñida competición con tía Betsy, que quedó segunda con una deliciosa tarta de manzana al ron.

—Bien, ¿cuándo piensa regresar de su viaje ese despistado y estrambótico profesor DeLucca? —quiso saber la señora Manston.

Floyd carraspeó.

—Muy pronto, según esperamos. Sin embargo, no quiero dejar a Fran sola. Ya sabes lo unidos que están ella y su padre. Volveré a Oregón, pero te prometo comunicarme telefónicamente contigo todos los días, mamá.

—No te preocupes demasiado por mí, hijo. Tía Betsy y yo hemos decidido iniciar otra nueva prueba competitiva. Esta vez se trata de asados. ¡Y yo soy una experta en el tema, querido Floyd! Conque puedes irte haciéndote a la idea de que venceré holgadamente a tu tía. Buen viaje, Floyd.

Manston se despidió de las dos divertidas ancianas y emprendió el vuelo a Eugene.

Durante las últimas fechas, había seguido con ansiedad los boletines informativos de la radio y la televisión. Según éstos, el taponamiento de Richmond Gorge había resultado providencial, pues el provisional embalse había permitido el desagüe controlado del colosal caudal de la riada. Poco a poco, las aguas rojizas habían discurrido a lo largo del Longstone River hasta vaciar el inmenso lago artificial de la garganta de Richmond. Para la segunda semana de junio, el río bajaba aún crecido, pero su caudal no era ya peligroso.

Los granjeros volvían a sus granjas, algunas de las cuales habían sido materialmente arrasadas por la violencia de la riada. Sin embargo, la crecida había cubierto el valle de limo y fango, muy beneficiosos y fértiles para las praderas, con lo cual las pérdidas quedaban en cierto modo compensadas.

A la desaparecida tempestad, sucedió un tiempo decididamente estival. Las altas temperaturas y la gran humedad reinante consiguieron un clima casi tropical, asfixiante y pegajoso.

Cuando Manston llegó a Eugene, Fran estaba aguardándole en la terminal. En cuanto Floyd cruzó la puerta de acceso, la joven se precipitó en sus brazos.

Se besaron apasionadamente, sin reparar en la multitud que les rodeaba.

Ella murmuraba, trémula:

—¡Amor mío! Sólo han sido tres días sin ti, pero se me antojaron una eternidad.

El volvió a besarla y la arrastró, presuroso, hacia el aparcamiento.

—He traído mi Masseratti —anunció ella—. Y mi proyecto es partir directamente hacia Summer Lake.

—Por supuesto. Estoy ansioso por volver allá —asintió Manston.

Fran le ofreció las llaves de su automóvil deportivo y Floyd penetró en el aparcamiento automático.

Mientras caminaba a largos pasos, Fran le contempló con orgullo.

«Es un hombre muy atractivo. Le sienta muy bien la ropa deportiva pensó. Y suspiró—: ¡Ojalá no nos separemos nunca…!»

Poco después, Floyd conducía el cochecito rojo fuera del aparcamiento y llegaba a su altura.

Subió Fran y el coche partió como una bala hacia la autopista del sur.

A las cuatro de la tarde dejaban atrás la ciudad de Silver Lake y se acercaban al *cottage.* Todavía quedaban a la vista algunas huellas de la riada: había ramas secas agolpadas en los troncos de los pinos, que señalaban de forma espectacular hasta dónde habían llegado las turbulentas aguas.

Por lo demás, el verano estallaba en los bordes del camino, donde crecían yerbazales frondosos y abundaban las flores de todos los colores. Los servicios forestales habían retirado el lodo y reparado los caminos y accesos. El sol brillaba con fuerza allá arriba.

Cuando el Masseratti se detuvo ante el *cottage* del profesor DeLucca, Fran saltó ágilmente por encima de la portezuela y corrió hacia la casa.

Manston temía aquel momento.

Sospechaba que Fran, con una psicología infantil y apasionada, esperaba que se hubiera producido un milagro y… el profesor DeLucca estuviera esperándoles con su acostumbrada sonrisa de bienvenida bajo el porche.

La vio introducir con movimientos torpes la llave en la cerradura de la puerta principal y precipitarse dentro de la casa.

Floyd llevó el coche hasta la puerta del garaje, descendió y echó una ojeada al jardín. La casa no había sufrido desperfectos de consideración. En realidad, sólo aquellos dos alerces inclinados hacia el desmonte suponían una prueba de las angustiosas horas transcurridas dentro de aquella bonita casa.

Fran se reunió con él en seguida. No dijo nada, pero estaba

seria y taciturna.

¿Quieres que demos un paseo hasta el lago? —propuso él. Y al comprobar que las facciones de Fran se animaban, añadió —: Vamos a descargar las maletas. El tiempo es caluroso. Tal vez incluso podremos darnos un baño.

Pero Fran no se movió de allí. Permanecía absorta bajo la línea de airosos alerces, contemplando el bosque, que descendía en suaves ondulaciones hacia las márgenes del Longstone River, invisible ahora desde aquel lugar.

Floyd llevó el equipaje al interior y volvió en seguida. Vestía un pantalón tejano de tergal, color azul claro, un suéter de manga corta y unos mocasines de piel de ante. Tenía un aspecto atlético, juvenil y deportivo.

—¡Vamos! —gritó alegremente—. ¡El lago nos espera! Fran vino caminando despacio hasta el coche. Era evidente su desgana.

— Es lógico —la disculpó para sí Floyd, mientras ponía el motor en marcha—. Ella esperaba ingenuamente que se hubiera producido el milagro. Y ahora... se siente decepcionada.

Condujo despacio, camino adelante, gozando del sol, del aire cálido y del hermoso paisaje que se ofrecía a sus ojos. Los bordes del camino eran hermosos y frescos y las copas de los pinos brillaban como esmeraldas. Una bandada de ánades volaba hacia el lago, alborotando la quietud del bosque con sus estridentes graznidos.

Describiendo continuas curvas, el camino desembocó en el borde del lago. Una pradera alta y verde cubría los bordes de Summer Lake y el sol cabrilleaba en las azules y profundas aguas.

Descendieron y fumaron cigarrillos. Hacía calor y Floyd se desprendió del suéter y comenzó a quitarse el pantalón.

Luego corrió como un chiquillo hacia el agua, se lanzó de cabeza y nadó a veloces brazadas, lago adentro.

Desde allí, gritó con todas sus fuerzas:

¡Vamos, ven aquí! ¡Bañémonos desnudos...!

Pero ella alzó la mano con un gesto de disculpa y siguió fumando su cigarrillo, sentada en un grueso tronco derribado.

Floyd salió del agua y corrió por la orilla, realizó ejercicios gimnásticos y se reunió con Fran, que seguía tan melancólica y silenciosa como antes.

La miró exaltado.

El contacto con la Naturaleza le enardecía. Sentía en aquel momento una gran excitación íntima. Contemplaba a Fran y la devoraba con los ojos. La deseaba vivísimamente y la hubiera poseído allí mismo, sobre la fresca hierba, desnudos ambos.

Pero se contuvo. Ella no compartía su estado de ánimo y Floyd no quería forzarla por nada del mundo.

Estuvieron sentados un buen rato a la orilla del lago. Fumaban cigarrillos, contemplaban la espejante superficie del lago y callaban.

A las seis volvieron al *cottage.* No habían intercambiado ni media docena de palabras.

Fran preparó unos bistecs a la plancha y una ensalada. Pero la alegría y el ansia de vivir habían huido de ella.

Aquella noche durmieron en camas separadas. Fran no hizo ninguna insinuación respecto a dormir juntos y él imaginó que ella quería conservar su intimidad. Cuando dijo que iría a ocupar el dormitorio de los invitados, Fran no hizo ningún comentario.

Al día siguiente, la joven se dedicó por entero a limpiar y a ordenar la casa. Trabajaba largas horas, con profunda concentración.

No descansa ni un momento. Lo que pretende es agotarse, mantener la mente ocupada, no pensar en su padre dedujo Manston.

Floyd la ayudó al principio, pero ocuparse de las labores domésticas le aburría. Buscó unas herramientas y fue a arreglar el jardín.

Transcurrió tediosamente la segunda semana de junio.

Fran siempre tenía algo que hacer: pintaba y repintaba las puertas, los rústicos muebles, la valla del jardín... O recomponía con infinita paciencia los desperfectos causados por la lluvia y el viento en las persianas de la casa.

Por su parte, Manston había visionado una docena de veces la cinta de video grabada por el profesor Delucca. Le apasionaban aquellas secuencias en las que aparecía el profesor dedicando sus cuidados al gigantesco Baruk-Oo. Y quizá trataba en cada ocasión de captar un detalle nuevo, algo que le llevara a comprender tantas enigmas como bullían en su cerebro.

Fran y él no habían vuelto a tener un momento de intimidad. Cuando, al anochecer, se sentaban en el porche para ver la televisión, él le tomaba una mano y ella respondía con una leve presión a su caricia. Pero eso era todo.

Floyd se sentía íntimamente herido por el despego y la frialdad de la mujer a la que amaba apasionadamente, pero soportaba la situación con estoicismo, confiando en que pronto se produjera un cambio.

Fue el día veintiuno de junio cuando volvieron a ver a Adam Harmand.

Al anochecer, Fran y Floyd estaban cenando en el porche. La cena transcurría en silencio, como era habitual a lo largo de las últimas fechas.

De pronto oyeron el rumor de los cascos de un caballo y vieron aparecer la gallarda silueta de Harmand en la vuelta del camino.

Poco después, el guarda forestal desmontaba ante la valla, echaba una ojeada a su alrededor y penetraba en el jardín.

—Buenas noches, Harmand —respondió Manston al saludo del recién llegado. Le ofreció un asiento junto a la mesa y preguntó—: ¿Una cerveza?

Harmand aceptó encantado.

Floyd penetró en la casa y volvió en seguida, con la botella de cerveza, que abrió y ofreció al guarda forestal.

Harmand bebió un buen trago, se relamió los labios, suspiró y dijo de sopetón:

—Al fin regresó el profesor DeLucca, ¿eh?

Fran y Floyd brincaron materialmente en sus asientos y se volvieron hacia Harmand, asombrados.

—¿Cómo? —exclamaron al unísono.

—Bueno, ¿por qué ese sobresalto? —respondió el hombre, con cachaza. Algún día tenía que volver el profesor, ¿no? Por cierto que tenía un aspecto espléndido. Se ve que el viaje le ha sentado bien. Aunque parecía un poco, ¡ejem!, distraído. Pasó junto a mí sin saludarme y hube de gritarle para conseguir atraer su atención. Le pregunté acerca de su viaje, pero él sólo dijo: «Bien, bien... Buenas tardes, querido amigo.» Y continuó su camino como si tal cosa.

Fran apenas podía contener su sorpresa y su desconcierto.

Previendo que podía decir algo inconveniente, Floyd se adelantó y dijo a Harmand:

—Así que vio hoy al profesor. Y dígame, ¿dónde estaba?

—Allá por el borde oriental del lago Summer, precisamente donde hace un mes brotó un incendio. Por cierto, ¿saben que ya han comenzado a crecer los jóvenes pinos por generación espontánea? ¡Es increíble! Desde cierta distancia, aquel espacio verdea ya lo suficiente como para hacer creer que nunca hubo tal incendio. Extraño caso, ¿no es cierto? —comentó Harmand.

Terminó de beber su cerveza, se incorporó y saludó:

—Muchas gracias a los dos. Volveremos a vernos mañana. Les deseo un feliz descanso.

Montó a caballo y se alejó camino adelante. En cuanto estuvieron solos, Floyd y la joven se miraron fijamente.

—¿Crees que Harmand vio verdaderamente a mi padre? —exclamó ella, transida de ansiedad—, ¿No le confundiría con otro?

—¿Confundirse Harmand? ¡Imposible! El conoce perfectamente al profesor.

—Entonces... ¡papá ha vuelto! —casi gritó Fran.

—Vamos al lago —decidió el hombre—. Si está allí aún, le encontraremos.

Fue al garaje y sacó la camioneta, que una de las grúas de Frank Carpenter había descolgado de entre dos robustos árboles la semana anterior. El vehículo tenía los guardabarros abollados, pero funcionaba perfectamente.

Fran subió de un salto a la cabina y el vehículo rodó veloz hacia el camino. Quince minutos después se detenía a orillas del lago.

Era de noche ya, pero la luna en cuarto creciente iluminaba difusamente las aguas del lago

Caminaron apresuradamente por el borde de las aguas y siguieron la vereda que llevaba al promontorio rocoso.

Jadeante, Fran se detuvo un momento para recobrar el ritmo respiratorio.

—Floyd… —murmuró.

—¿Qué?

—¿Has caído en la cuenta que hoy se cumple un mes justo desde la fecha en que papá emprendió su viaje? —inquirió ella.

Manston pronunció una exclamación de sorpresa.

—Tienes razón, hoy hace treinta días que desapareció.

¿Crees que eso tiene que ver con…?

¡Chiss, calla! Papá está allá arriba —susurró Fran. Señalando el acantilado que se erguía sobre las oscuras aguas de Summer Lake.

Prosiguieron la caminata y se detuvieron a pocos metros del promontorio. A contraluz de la pálida luna, vieron al profesor Patrick DeLucca.

CAPITULO XIII

Fran se separó de él y corrió a abrazarse a su padre. Floyd llegó al promontorio y les encontró firmemente abrazados. Pudo escuchar los sollozos de Fran y también sus convulsas palabras.

¡Papá, oh, papá! —gemía ella, dando rienda suelta a sus lágrimas.

DeLucca acariciaba en silencio los largos cabellos de su hija. A la luz de la luna las facciones del profesor transpiraban serenidad y alegría.

Pero ¿qué te ocurrió, papá? —murmuraba Fran, palpándole, trémula. ¡Tus ropas están destrozadas!

No sé —respondió el profesor, desconcertado—. Creo que he sufrido un ataque de amnesia... Tengo la sensación de que he hecho un largo viaje hacia algún lugar remoto, pero no logro recordar nada. Ni siquiera recordaba el camino correcto para regresar a casa. He debido vagar por el bosque durante uno o dos días, pues siento hambre y mucha sed. Quizá recibí un fuerte golpe, hija mía, pero no sé cómo ocurrió.

Floyd se acercó y el profesor sonrió cariñosamente.

Pero ¡Floyd! ¿Qué haces tú aquí? Te imaginaba aún en Berkeley —exclamó, como si se sintiera alegremente sorprendido.

Manston no sabía qué actitud adoptar. ¿Se burlaba de él el profesor o verdaderamente sufría un ataque de amnesia?

—Vine a... a hacerles una visita —respondió al cabo, aunque vacilante.

—¿Se encuentra bien, profesor?

—Perfectamente, querido Floyd. Discúlpame, mi cabeza se debate en un verdadero caos mental. Tú debías estar todavía dirigiendo tu cátedra de Antropología en la universidad de Berkeley... ¿Qué día es hoy? —preguntó, mientras trataba de poner en orden sus alborotados cabellos.

Fran dudó. Pero al cabo se decidió a responder la verdad.

—Hoy es veintiuno de junio, papá. Hace treinta días que desapareciste, aunque… me dejaste una grabación en la que explicabas que te disponías a emprender un largo viaje en compañía de tus amigos extraterrestres.

Patrick DeLucca soltó una sonora carcajada.

—¡Amigos extraterrestres! —exclamó, divertido—. Pero ¿de dónde has sacado esas fantásticas ideas?

Floyd y Fran se miraron, dominados por el estupor.

Ya iba a hablar Fran, cuando Floyd la hizo callar con una perentoria mirada.

—No me explico la situación —murmuró el profesor DeLucca—. ¿Cómo he podido sobrevivir en mitad de la Naturaleza durante un mes entero?

Fran tragó saliva.

—No te preocupes de eso ahora, papá. Doy gracias a Dios por haberte recuperado —pronunció, traspasada por la emoción—. Volvamos a casa. La camioneta nos espera.

Tomando a su padre por un brazo, le hizo descender del promontorio. Caminando a través de la floresta llegaron a la camioneta, se acomodaron en la cabina y emprendieron el regreso.

Acompañaron al profesor a la cocina y le examinaron con profundo interés. Aquel hombre no tenía el aspecto de quien ha vagado durante un mes a través del bosque, a excepción de sus ropas destrozadas.

Sus facciones, bronceadas, tenían un color saludable. No había adelgazado. Por el contrario, su aspecto era mejor que nunca.

—Siéntate, papá, voy a prepararte una cena como es debido. ¡Verás! Te vas a chupar los dedos —exclamó Fran, que había recuperado todo su vigor y su entusiasmo.

Entretanto, Floyd retrocedió por el pasillo. Se sentía profundamente trastornado. Pensamientos contradictorios bullían en su mente.

¿Verdad o mentira? ¿Es todo un gigantesco bluff, producto de la mente obsesionada del profesor DeLucca, o él lo ha olvidado todo?», se preguntó.

Se dirigía al pasillo, cuando descubrió aquellas huellas polvorientas sobre el oscuro parquet de eucalipto. Eran unas enormes huellas de pies. Pies de unos setenta centímetros de longitud. Pies con sólo tres dedos.

Las huellas se dirigían al estudio del profesor DeLucca, y Floyd las siguió con cautela y recelo. Pero el estudio estaba vacío. Las huellas de polvo estaban allí, sin embargo.

Abrió un cajón, sacó el magnetófono, rebobinó la cinta brevemente y pulsó el botón de reproducción.

No escuchó otra cosa que el leve siseo de la cinta al deslizarse por el interior de la cassette. Avanzó y retrocedió la cinta, hasta convencerse de que la grabación había sido borrada.

Movido por un presentimiento, buscó el video-grabador en la vitrina del fondo. Corrió con el aparato al salón, lo conectó al televisor, introdujo el enchufe en la red y esperó.

—¡Nada! —exclamó, desalentado. La grabación había sido borrada igualmente.

Pero él no había soñado las imágenes grabadas en la cinta de video. Floyd las había visto con sus ojos.

Volvió la cabeza y siguió con la mirada las colosales huellas de pies.

—¡Ellos! —exclamó, excitado—. Uno de ellos vino a la casa mientras nosotros estábamos en el lago y borró las cintas del magnetófono y la del video. Pero ¿por qué?

«Tal vez han decidido que nadie más que Fran y yo debe ver lo que el profesor DeLucca grabó —se respondió a sí mismo —. Es posible que *ellos* provocasen el estado de amnesia de Patrick DeLucca. Quizá juzgaron que lo que había visto a lo largo de su viaje podía perturbar su equilibrio psíquico. ¡Sí, eso debió suceder! Borraron de su mente todas las imágenes e ideas que pudieran desequilibrarle. Con ello, sólo pretendían protegerle, imagino.»

Muy excitado, devolvió los aparatos al estudio del profesor

y volvió a la cocina. Patrick DeLucca se había sentado a la mesa y despachaba una cena abundante con un apetito envidiable.

—Siéntate, Floyd. Toma una copa de vino conmigo. ¡Estoy tan contento de que hayas decidido pasar unos días con nosotros! —exclamó el profesor. De repente quedó serio y murmuró—: Me temo que he perdido un mes de mi vida.

—No te preocupes por eso —intentó distraerle Fran—. Recuperarás esos días viviendo con más intensidad los que aún te quedan por gozar junto a nosotros.

El profesor se fue a la cama poco después. Transcurrieron unos cuantos minutos.

—¿Qué es eso? —susurró Floyd, que se sentía hipersensible.

—Es papá. Sueña en voz alta —respondió Fran.

Floyd empujó la puerta del dormitorio y prestó atención. En efecto, el profesor soñaba. Y lo que relataba era tan alucinante que Manston se quedó clavado allí como una estatua de granito.

Al cabo volvió junto a Fran y dijo:

—Dormiré esta noche en la otra cama que hay en el dormitorio del profesor. Quiero estar allí, por si me necesita.

Fran sonrió, emocionada.

—Gracias, Floyd. Más adelante diremos la verdad a papá.

Y entonces…

Se despidieron. Floyd aguardó hasta que ella se encerró en su alcoba y luego Manston penetró en el estudio y cogió el magnetófono. Pasó el resto de la noche grabando en cinta magnetofónica las palabras que brotaban casi ininterrumpidamente de los labios de Patrick DeLucca.

* * *

Fran planteó el asunto a su padre durante el desayuno.

Iremos a ver al doctor Haydok esta misma mañana.

DeLucca estuvo de acuerdo. Poco después, los tres se trasladaban a Eugene en el Masseratti. A las doce de la mañana, el doctor Humphrey Haydok recibía al profesor y a su hija.

No lo entiendo —dijo Haydok, irritado—. Usted, señorita DeLucca, afirmó que a su padre le habían extirpado el páncreas en Houston.

Ella le explicó la verdad: le había mentido para tranquilizarle.

—Papá había desaparecido y yo no quería provocar ningún escándalo. Ahora, por favor, le ruego que le examine. Si es preciso operarle, hágalo cuanto antes —suplicó.

Tres horas más tarde, Haydok llamaba a Fran a su despacho.

—Es un caso irrepetible. El páncreas del profesor está en su sitio. Intacto. Y lo que resulta increíble: no hay indicios del carcinoma que descubrimos en él. Y le juro que no hay margen de error. No nos equivocamos al diagnosticar cáncer. Las pruebas están en el laboratorio.

—¿Entonces...?

—Si yo fuera un hombre práctico, pensaría en un milagro —confesó el médico, con un suspiro—. La víscera está intacta y en perfectas condiciones. Puede llevarse a su padre, señorita. Ya no es preciso operarle. Tiene un estado de salud perfecto.

Volvieron a Summer Lake esa misma tarde. Fran canturreaba entre dientes y el profesor bromeaba con el hermetismo de Manston, que no había pronunciado una palabra en todo el camino, sumido en sus pensamientos.

Al atardecer llegaron al *cottage.* Fran fue a preparar la cena en la cocina y su padre se brindó a ayudarla, encantado.

—Entretanto, daré un paseo hasta el lago —dijo Floyd.

Tomó la camioneta y desapareció camino adelante. Cuando llegó a la orilla del Summer Lake era de noche, pero la luna, más alta y brillante que el día anterior, bañaba de luz la superficie del lago y sus alrededores.

Floyd bajó y se aproximó a la orilla, jugueteando con el raro disco azulado encontrado en el piso de la camioneta. Las aguas del lago tenían un brillo mágico.

—Sé que estáis ahí, cerca, en algún lugar próximo —murmuró, excitado—. Sé que el profesor DeLucca viajó con vosotros. Sé que vosotros le sanasteis. Y comprendo vuestras razones. Ahora ya me siento tranquilo.

Contemplaba, ensimismado, las aguas de plata de Summer Lake, cuando un destello azulado brilló en las profundidades.

Luego el resplandor se hizo tan intenso que el bosque se tiñó de un azul vivo, cegador, y de improviso las aguas se abrieron y brotó la colosal silueta aplastada de la astronave, que quedó flotando sobre la superficie del lago, mientras grandes ondas alcanzaban la orilla.

Manston retrocedió de un salto y el pequeño disco azul se deslizó de entre sus dedos. Luego, estupefacto, vio como la astronave se aproximaba silenciosamente a la orilla. Sus ojos desorbitados contemplaron el fenómeno: las planchas de bruñido metal azul de la astronave se abrían y una pasarela esplendente llegaba hasta la orilla.

Cuatro altísimas siluetas aparecieron del interior de la nave que flotaba en el lago. Y una de ellas, que cargaba dos bultos en sus brazos, avanzó por la pasarela y llegó a la orilla.

Era Baruk-Oo. Floyd reconoció sus facciones nilotas y sus largos cabellos plateados que flotaban sobre sus hombros.

La gigantesca figura se detuvo. Tan cerca, que Manston pudo reconocer la pálida línea de una cicatriz en su estrecho y alargado tórax.

Sin pronunciar una palabra, Baruk-Oo depositó en tierra lo que cargaba en sus larguísimos brazos terminados en manos que sólo tenían tres dedos cada una.

Luego Baruk-Oo elevó una de sus manos como si saludase a Manston, giró sobre sus enormes pies y volvió a la astronave. Las cuatro gigantescas siluetas desaparecieron en el interior de la astronave, se retiró silenciosamente la pasarela y las aguas comenzaron a vibrar vivamente.

Todo sucedió en un instante. Se oyó un silbido agudísimo,

las aguas se agitaron furiosamente y la colosal astronave despegó del lago, ascendiendo a velocidad meteórica, y desapareció.

Floyd tardó muchos minutos en reaccionar. Un relincho lo sacó de su abstracción. Avanzó unos pasos y sus ojos descubrieron, incrédulos, los bultos de los dos animales que Baruk-Oo había depositado en la hierba.

Eran dos preciosos potrillos, un macho y una hembra.

Uno era dorado y con manchas negras, la otra negra y con manchas doradas.

—Idénticos a como los vi en mi sueño —murmuró Floyd, pasmado de asombro.

Acarició a los animales, que rozaron sus húmedos belfos contra sus hombros.

Floyd recordó su disco azul, aquel amuleto que había decidido conservar por el resto de sus días. Agachado, escrutó el suelo y palpó las hierbas. Pero todo fue inútil, no logró recuperar su amuleto.

Al cabo, tomó en sus brazos uno de los potrillos y lo llevó a la camioneta. El otro le siguió mansamente hasta el vehículo. Floyd lo depositó en la caja de la camioneta junto al otro, echó la compuerta y subió a la cabina.

Media hora después, Fran contemplaba con ojos brillantes a los dos animalitos.

—¡Son preciosos! —exclamó, arrobada—. Y no pueden negar que son los hijos de «Sansón» y «Dalila». ¿Qué dirá papá cuando los vea?

—Llámalo. Ya veremos cómo reacciona —propuso Manston.

—Hace rato que se acostó, se sentía cansado y feliz. Hace rato que duerme. Dejémosle descansar. Mañana tendremos tiempo de mostrarle estos dos hermosos animales, regalo de sus *amigos* procedentes de las estrellas —respondió ella.

Llevaron a los potrillos al establo y estuvieron mimándoles un rato. Luego volvieron al *cottage*, dispuestos a retirarse a descansar.

Debían de ser las dos de la madrugada cuando Floyd escuchó las voces que pronunciaba en sueños el profesor DeLucca.

Saltó silencioso de la cama y tomó el magnetófono, dispuesto a continuar grabando los sueños del profesor.

En el pasillo, unas manos se unieron a las suyas. Floyd contuvo una exclamación de espanto.

—¡Calla! —susurró Fran, tapándole los labios con sus dedos —. Sé lo que estuviste haciendo anoche. Permaneciste despierto hasta la madrugada, grabando los delirios de mi padre

—¡No son delirios! La verdad está en su subconsciente, aunque él haya olvidado lo que pasó durante su viaje. Quiero recopilar esas experiencias. Tal vez escriba uno o dos libros sobre ello.

—¡Para qué perder el tiempo, querido! Además... ¿crees que alguien daría crédito a lo que contases en tus libros. Ven. El tiempo es precioso. Podemos aprovecharlo en algo más emocionante, ahora que papá duerme tranquilamente —susurró ella.

Floyd palpó su cuerpo, desnudo bajo una finísima *negligée.* Turbado, dejó caer el magnetófono, que se estrelló contra el suelo con sordo baque.

Luego se dejó arrastrar por Fran hasta su dormitorio. Ella le abrazó apasionadamente en la oscuridad y luego cerró despacio la puerta.

En el pasillo resonó la voz del profesor DeLucca.

Pero Floyd Manston ya no pudo oírla. Una música vivísima, casi celestial, sonaba en sus oídos...

F I N

[1] Franja desprovista de árboles en los bosques, que se labra con frecuencia para evitar que el fuego se propague en una extensión considerable. Es un sistema sencillo y efectivo.